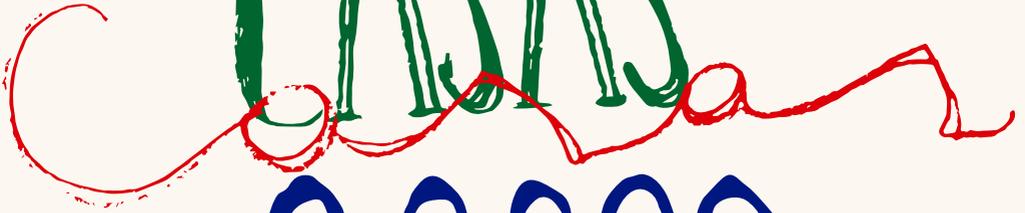


LEANDRO DLUGOKINSKI

CASAS



CASAS



CASAS
CASAS

Leandro Dlugokinski

Legajo: 26245/3

Directora

Marina Arias

Co-directora

Gimena Palermo

Diseño de tapa

Sajo

Diagramación

Mar Reboredo

CASAS
CASAS

Leandro Dlugokinski

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
2019

A mis padres, que siempre entendieron la educación no como una inversión sino como un derecho

A mis amigas, por todos los momentos compartidos en estos cinco años

En especial a Agustina, que creyó en mí y en este proyecto incluso más que yo

Y a Pauli, por las cenas y los mates en el bosque

A mis directoras, Marina y Gimena, por orientarme en este proceso

A Yanet y Silvina, por las catarsis de jueves a la mañana

A Jazmín, por ser parte del principio y ahora del final

A Sajo por captar a los personajes en la portada

A Mar por diagramar más rápido que el viento

A la Facultad y la Universidad Pública y Gratuita, que me formaron y dieron herramientas para seguir formándome

LA MUDANZA

I

La casa nueva tiene portones negros y un garaje descubierto que da a un patio. Parece vieja entre la medianera de una ferretería de un lado y la de un edificio del otro. “Una casa para una familia pequeña, pero para ustedes ya va ser demasiado”, dijo su suegro cuando fueron a firmar el contrato. Antonio era conocido de la dueña, una vieja clienta que solía alquilar en su inmobiliaria.

Mariana levanta la caja de platos del asiento del auto y empuja el portón con el codo. Ernestina, su suegra, la ve por la ventana del living y sale al frente para sacarle la caja tan rápido que el peso de los platos deforma el cartón.

—No te exijas demasiado, Maru— Ernestina dice después, sacando los platos de uno. Son del juego que le habían regalado para su cumpleaños hace cuatro años, cuando ella y Pablo recién empezaron a convivir. Mariana siempre los guarda al fondo de alguna alacena porque los claveles en los bordes le parecen espantosos.

Dos alquileres más tarde, están acá: en ese living comedor de baldosas bordó con cielo raso de madera y una escalera que lleva a las piezas. Ella y Pablo no están acostumbrados a tanto espacio. Dentro de dos meses ella va a estar quejándose porque toma tiempo limpiar una casa así. Pero ahora no comenta nada frente a su suegra.

Antonio baja por los escalones con las manos dentro de sus vaqueros, hablándole a su hijo por encima de su hombro.

—Eso lo pueden resolver ustedes, no hace falta que hablen con Liliana de esto.

Pablo le da la razón y se refriega el cuello de la remera contra la frente transpirada. Le dice que la ducha pierde mucha agua, pero que ya lo van a solucionar. A Mariana se le ocurre protestar que mejor sería que se encargue Liliana, la propietaria, que todavía están a tiempo de hacerle saber todos los problemas de la casa que ella debería solucionar. Tantea sus bolsillos, pero sabe que no va a encontrar su paquete de cigarrillos ni su encendedor: hace un mes y medio no prueba uno.

La última vez que hizo una sugerencia—algo sobre las puertas de la cocina—Ernestina quedó mirándola con los labios apretados y Pablo hizo de cuenta que la escuchó, pero volviendo al departamento, le dijo:

—Vos no tenés que preocuparte por esas cosas amor, vos solo tenés que preocuparte por nuestro porotito— y apoyó una mano sobre su vientre.

A Mariana no le gusta que le digan porotito a su bebé. Le recuerda a cuando iba a la primaria y tenían que hacer el proyecto de la germinación. Ella se pasó de agua y su poroto nunca germinó.

Pablo la abraza por detrás y le dice que hoy está muy linda. Mariana se desprende y va por el patio, no sin antes decirle que hace mucho calor y queda mucho por hacer.



Mi psicóloga me dijo que comience a escribir lo que sea que viene pasándome: presente o pasado, de hoy a la tarde o algún recuerdo que me parezca relevante para el tratamiento.

No lo dijo con esas palabras, pero el mensaje es el mismo.

No tengo mucha opción.

Nombre: Mariana Acevedo.

Género: mujer.

Estado civil: ¿por dónde comenzar?

Domicilio: acá y allá, pero en el DNI todavía figura la direc-

ción de mis viejos.

Profesión: profesora de inglés.

Nada en toda esa lista dice mucho sobre mí. Capaz lo del DNI da a entender que no me interesan mucho los trámites y que me da lo mismo tener que venir hasta Tolosa para votar.

Si vamos al caso, alguna vez pensé que con esa listita podía hacer una breve introducción sobre mí misma (hasta hace poco mi biografía en Instagram decía Teacher y Taurina) pero ninguna de esas definiciones alcanza, o tal vez yo no alcanzo. De cualquier forma, acá lo que importa es que, en algún momento, puede que haya sido noviembre del año pasado o incluso antes, pero la memoria me falla, las cosas dejaron de tener sentido para mí.

Cuando digo cosas, no hablo de cosas como una licuadora y una tostadora juntas en la cocina, sino a que en mi vida algo no estaba encajando. Era como tener un par de pantalones y de repente darte cuenta que te quedan demasiado holgados para usarlos sin cinturón, pero ya saliste de casa y no podés volver a ponerte otro. Ese tener que acomodar el pantalón en todo momento era lo que me estaba pasando. Pero con mi vida.

Me pregunto qué va a decir la psicóloga cuando compare mis 30 años de vida con un par vaqueros. Seguro se ríe. Yo también me río.

II

Una semana después, frente a la casa hay tres autos y un camión de mudanzas.

—Anoche terminamos de pintar el departamento—le dice Mariana a su mamá.

—¿Y no les hicieron quilombo por salir antes del contrato?

—Vencía en diciembre, dos meses menos no es nada.

—La casa está preciosa, me hace acordar a la de tu abuela.

—Son los pisos. Eran iguales.

Elena rodea los hombros transpirados de su hija y le da un beso en su frente. Mariana termina de tomar su mate y lo deja sobre la mesada de la cocina. La cama, la mesa y las sillas fueron lo primero que acomodaron contra la pared. Hay música en el patio y su papá se ofreció a preparar el almuerzo para estrenar la cocina, pero antes tienen que conectar la heladera y subir los colchones.

Agradece secretamente ese momento de tranquilidad con su madre. Toda la semana, entre dar clases, mancharse de pintura blanca y discutir sobre arreglos con Pablo, se había sentido como un tren a toda velocidad sin paradas. Desde que firmaron el contrato Mariana tiene la sensación de que en cualquier momento le van caer las fichas en la cabeza. Si a Pablo le pasa algo parecido, no se le nota y ella tampoco pregunta. “Una cosa a la vez”, se repite.

Cruza la puerta de la cocina hacia el living, pasando por las cajas amontonadas y la biblioteca que les va a tocar armar cuando todos se vayan. Caminando sin mirar, choca de frente contra una caja de libros en la puerta.

—¡Guarda!

Genaro lleva puesta una remera café y vaqueros rotos en las rodillas. No parece haberse caído de la cama, sino más bien parece haber seguido de largo: el cabello grasoso, su espalda jorobada a pesar de su altura y un aroma a cigarrillos camuflados con una sobredosis de perfume.

—¿Qué hiciste, anoche? —Mariana deja los libros junto a la puerta.

—Fue una reunión casual en casa, que terminó en un bar...y después en otra casa.

—Decime que no viniste manejando.

—Mejor sigo con las cajas.

—Que no te vean mis viejos, o mis suegros así. Micaela está arriba, quédate con ella y de paso mojate la cara en el baño.

—Dale, mamá—Genaro ensaya una sonrisa a medias.

—Eu, la próxima quédate en tu casa. No por mí, sino por vos, Gena. Cuídate, en serio. Después la seguimos. Dale andá.

Lo ve subir por las escaleras, balanceando su cuerpo espaldado y delgado un escalón a la vez. Pablo baja del camión con dos ayudantes y su papá, ambos levantando la heladera, gruñendo bajo el sol de octubre.

—¡Lámalo a tu papá!

Ella se acerca corriendo a la vereda y levanta el peso del aparato a un costado.

—¡Saca la mano de ahí, Mariana!

—Pablo, apenas estoy haciendo fuerza. Dejáte de hinchar.



Mariana se tira sobre el colchón sin sabanas junto a Micaela. Los fleteros acaban de irse, abajo su papá prueba las hornallas mientras Elena y Ernestina pican las verduras.

—La casa va a quedar hermosa, negra.

—Después de que arreglemos, limpiemos y ordenemos todo.

—No seas negativa, Mariana. Ahora vamos a lo importante: ¿cuánto de alquiler? Y, ¿van a comprar una pileta?

—Barato, lo bueno de tener suegros con una inmobiliaria y conocidos. La pileta es debatible, pero no te me vayas a instalar acá en el verano.

—Sabes que sí. Che, ¿por qué lo echaste a Genaro?

—No lo eché, lo mandé a descansar ¿No viste la cara que tenía?

—Me daba miedo.

—Tiene un par de quilombos con la novia, se están separando.

—Lo decís como si fuera un trámite.

—Es más bien algo como: “cortamos, pero volvemos, nos queremos, pero también nos queremos lejos”. Creo que ni ellos se dan cuenta de lo que están haciendo.

Mariana está segura que anoche su amigo se peleó con Romina y salió con sus amigos porque antes de quedarse en casa sentado como un “nabo”, era mejor recordarse que aún tenía algo de control sobre él mismo.

—Tengo miedo de que se mande una y después se arrepienta —dice.

—¿Te imaginas que pueda llegar a hacer algo así? —pregunta Micaela dando vuelta sobre el colchón.

—No, de verdad que no. Pero hoy por hoy, ¿Cómo estás segura? Mirás las noticias, lo que pasa cuando un ex se vuelve loco, pero ojalá que terminen bien.

—Es demasiado pedirles que queden como amigos, Mariana.

—Con que no se griten por la calle si llegan a verse es más que suficiente. Che, mejor bajamos a ver si está la comida.

A Micaela le toca preparar las ensaladas mientras las consuegras ponen la mesa en el patio. Mariana le pide disculpas y le dice que no hace falta. “Todo sea por tener una amiga con pileta”, le responde con una sonrisa burlona.

—Cuando llegue porotito, la casa la vamos a tener patas para arriba— dice Pablo cuando la mesa está servida.

Mariana amaga de nuevo con prenderse un cigarrillo.

Una cosa a la vez.

DESPIDO

I

Genaro trabaja hace cuatro años en el área legal de una empresa aseguradora de La Plata, con dos sucursales más en la zona y que está a punto de ser absorbida por un grupo mayor con sede en Buenos Aires. Intenta secarse la transpiración con un pañuelo de tela que de tanto usarlo ya se oscureció tres tonos. El aire en su oficina se descompuso hace una semana, los pisos alfombrados y las ventanas sin persianas no ayudan a su situación.

“Cena en lo de Romi, compra algo para tomar. No llegues tarde”, le recuerda un post-it verde fluo sobre la pantalla de su computadora. Subrayó *“no llegues tarde”* tres veces con marcador negro. Se refriega la cara con las manos para despabilarse y terminar el informe que viene preparando hace un par de horas para su jefe.

Completa medio párrafo, apenas dos oraciones, cuando lo llaman a la oficina del encargado de Recursos Humanos. Primera señal de advertencia que Genaro opta por obviar: el mensaje llega de la mano de Felipe, su compañero de oficina. En vez de sentarse en su escritorio, Felipe sigue andando por el pasillo rumbo al kitchenette escondido en una esquina.

—Mira, Gena...la verdad que sos un tipo excelente —le dice el pelado de Recursos Humanos en su oficina, juntando sus manos transpiradas sobre su escritorio de vidrio.

“Listo, soy boleta”, piensa Genaro.

—...cuando vos entraste, íbamos por otro rumbo. Vos sabes cómo está todo. Hay que pensar en la viabilidad de las cosas.

“Ser despedido” siempre tuvo un tinte más dramático en su cabeza, más bien como una escena de película. Le hace falta la música que rompe con el silencio y un primer plano de su cara mientras procesa la noticia. En cambio, le molesta lo mundano de la situación, que Ángel, de recursos humanos, sea tan conciso con ese discurso, que apenas esté perdiendo el hilo de las palabras.

De a poco, siente que la corbata le está cortando la circulación. El ruido de fondo, el tecleo en las computadoras, un teléfono fijo sonando en alguna oficina, lo desesperan. Lo único que se le ocurre con cierto grado de claridad es que sus planes de ir a la costa con Romi en el verano, dejaron de ser viables junto con él.

II

Nauseas. Mariana empieza su mañana una hora antes de que suene el despertador y con náuseas. Está doblada sobre el lavatorio del baño porque no llegó a tiempo al inodoro, eso solo pasa en las películas. Su amiga de la escuela, Carolina, mamá de una nena de tres años, le dijo que las náuseas eran buenas para el bebé. Mariana quisiera corroborar ese dato, pero su vista sigue nublada y abre la canilla para enjuagarse la cara antes de volver a la cama.

Ahí lo tiene a Pablo, roncando apenas con la boca entre abierta, ocupando los dos lados de la cama. La casa parece ordenada, pero es solo porque todas las cajas que no alcanzaron a abrir están en la pieza del bebé, junto con las repisas que todavía no montaron y las bolsas con sacones y bufandas de lana. A Mariana se le ocurre que aun con la mudanza terminada algo sigue desubicado; o ella se siente desubicada ahí en esa casa.

El estómago se le da vuelta de nuevo y está segura que esta vez el bebé no tiene nada que ver. Vuelve a la cama e intenta distraerse pensando en su

día: clases de mañana y tarde, no va a poder volver a casa para cocinarle a Pablo, mejor para ella, pero también tiene que ir a la farmacia. “Eso lo puede hacer él”, se dice antes de adormilarse de vuelta.



—Estás muy egoísta, muy maldita, no me gusta que seas así. Nada te alcanza, todo es un reproche con vos.

—Pablo, te pedí una sola cosa: que pases por la farmacia con la receta. Una sola cosa. Una. Del resto me encargo yo.

—Me olvidé, ¿qué querés que te diga? Yo tengo mis cosas también.

Mariana le recuerda que las pastillas son para “porotito” (detesta esa palabra incluso usándola irónicamente). Pablo parece hablar de “nuestro porotito” cuando intenta convencerla de cosas como dejar que su suegra la acompañe a la próxima ecografía. El resto del tiempo se trata de “el bebé” o “Mariana y el bebé”, y ella se pregunta en donde termina el bebé y comienza ella, en donde terminan “Pablo y Mariana” y donde empieza ella solamente.

“Controláte”, se aconseja.

—Dejá, mañana pasamos por la farmacia antes de ir a lo de mis viejos. Vamos a cenar.

Esa noche comen una tarta de jamón y queso un poco quemada, y ella se queda mirando televisión en la sala cuando Pablo sube a acostarse. Cuando está sola, repasa la discusión en su cabeza y se pregunta: ¿cuándo fue la última vez que pasaron una semana sin pelear por cualquier cosa? Mariana se queda dormida en el sofá.



Lo único que hace el ventilador de pie es mover el aire caliente en la cocina y el olor a carne picada con huevo en la olla. La espalda de Mariana está pegoteada de transpiración contra el respaldo de la silla. Camila, su hermana dos años más grande, está logrando de algún modo balancear a su hija de dos años en su regazo, mientras rellena empanadas y arma repulgues sin que las tapas se le deshagan. Su hijo de cinco años está en la sala, tirado patas arriba en el sillón de su abuela mirando dibujitos. Cada tanto Camila alza la voz como una advertencia para saber si está “mandándose alguna macana”.

Fue idea de su papá festejar el cumpleaños de tía Francisca en la casa. Ya son las siete, falta poner las mesas en el patio, cocinar las empanadas al horno y ninguna de las tres se bañó todavía. Mariana casi se descompensa de solo pensar en el calor agregado del horno encendido. Encima, puede ver por las cortinas con motivos de frutas que afuera se están armando nubarrones negros. Veinticinco personas amontonadas bajo el techo del lavadero o adentro de la casa. Ambas opciones le parecen espantosas.

—Basta hija, bueno, vos querías estar upa. No, así no. Bueno, Sol basta con eso —la beba berrincha y con sus manitos intenta robarle la cuchara a Camila.

Desde el centro de la mesa, la madre de las chicas revuelve el relleno con el cucharón de madera, la mezcla de condimentos y aceitunas le dan arcadas a Mariana y se apura en terminar el repulgue de la empanada que tiene entre sus dedos mojados.

—Así no, hija, después se abren en el horno y hacen un enchastre. A ver, Camila ayudála.

Su hermana estira el brazo para alcanzar la empanada. Ahora Sol está intentando meter sus manos debajo de la remera de su mamá, pero esto parece calmar sus llantos. Algo se cae en el living y su hermana está a punto de levantarse con bebé y todo, pero su mamá le dice que seguro es el control de la tele, que no pasa nada.

—¿Será que hay tanta gente en el super que su papá se está tardando tanto? A ver hija, llámalo a Pablo a ver que te dice.

Mariana prefiere no tener que hablar con Pablo al menos que sea necesario, o que sea él quien haga la llamada.

—Lo debe tener en silencio. Siempre hace lo mismo, el muy boludo.

—¿Anda pasando algo entre ustedes? Lo vi súper apurado recién cuando se fue con tu papá. Andan discutiendo de nuevo, seguro.

—Nunca discutimos —Mariana contesta, al tanto de que todas las presentes ahí saben que eso es mentira, incluso la beba.

—Dale, habla Mariana —su hermana toma la posta y entonces su madre termina de armar otra empanada que deja en la asadera negra.

Puede ser el calor, el respaldo de la silla que la está matando, o que el olor a huevo picado le da vueltas el estómago, pero nada de eso termina de justificar las ganas que Mariana tiene de sacudir la mesa a los gritos. Piensa que todo vuelve a Pablo y por defecto a ella, y también que sería una lástima arruinar todas esas empanadas volteando la mesa.

—Es que me tiene cansada —empieza a decir tanteando palabras neutras porque teme estar armando lío por cosas tan pequeñas—, Pablo, su familia, su mamá, sobre todo su mamá, pero el viejo no se queda atrás, todo junto. No me costaba tanto antes, no sé qué me está pasando, pero discutimos todo el tiempo, una y otra vez y siempre volvemos a lo mismo. O sea, no hacemos nada con todo esto. Y con el embarazo, yo no sé...

—Pero vos sola te estás respondiendo, boba. Es el embarazo. Con Bautista la pasé igual, estás exagerando.

—Tiene razón tu hermana. Cuando estaba embarazada de ella, no sabés, entre las náuseas y el calor estaba hecha una fiera. Pero vos tenés que bajar un cambio porque lo estás jorobando al pedo a Pablo.

—¿Y qué pasa cuando tenga al bebé y esto siga? ¿Ahí que hago? —Mariana retruca clavando la cuchara en el relleno.

—Te la bancas y lo resolvés —dice Camila mientras intenta hacerle morisquetas a Sol para divertirla, y a Mariana se le complica tomarla en serio con los cachetes hinchados como dos piñatas—, ¿qué vas a hacer sino? ¿Dónde vas a encontrar otro tipo que te aguante y tenga laburo, como Pablo? ¿Dónde vas a encontrar que te consiga casa como él?

—Bueno Camila, vos también baja un cambio. Tu hermana tiene razón, Mariana. Hacéle caso. Vos siempre fuiste así, mucha cabeza para tus estudios

y tus clases, pero en el resto sos tan impulsiva que asusta. Tendrías que ser un poco más agradecida.

Con eso su mamá da por finalizado el asunto. De todas en la mesa, Mariana se siente más cercana a su sobrina que vuelve a llorar.

Al final esa noche llueve. Ella es la última en bañarse y sale de la pieza que solía ser de su hermana y ella con el cabello mojado, y pasa el resto de la noche charlando con parientes, respondiendo preguntas sobre la mudanza y el embarazo, evitando a Pablo e ignorando las miradas de su hermana. En algún momento la tía Francisca le pregunta a Camila dónde está Ignacio, su marido, ella le contesta que está trabajando y traga media empanada de un mordisco.

Pasada la una, Mariana y Pablo se bajan del auto y se empanan corriendo hasta su casa. Suben a la pieza y Pablo la abraza por detrás, le besa el cuello y los dos terminan en la cama, desgastados, pero con cariño. Después, cuando él va al baño y ella se queda tirada con las sábanas pegadas a sus pies, se le ocurre que debería ser más agradecida de eso que lograron construir entre ellos dos. Se duerme con su mano y la de Pablo sobre su panza.

Al otro día, sin embargo, Pablo le avisa que sus padres los están esperando para almorzar en casa, y Mariana no puede porque necesita preparar sus clases y se siente cansada. Pablo va solo y cuando vuelve, apenas la saluda antes de encerrarse en la pieza.

En ese momento, con una birome en mano, sentada como indio en el sillón de tres cuerpos que cambiaron hace un año, Mariana se pregunta a dónde quedó la reconciliación de anoche y si en vez de afortunada debería sentirse estafada.

III

—Mira, yo soy pésima dando consejos de pareja, pero estás siendo muy paranoico, Genaro. Si querés tomar maté, vas a tener que buscar la yer-

ba ahí arriba.

—Vos porque no lo estás viendo. Anoche pasó por mi casa y lo primero que me dijo fue “¿mandaste el currículum al estudio que te pase?”. Así, sin saludar ni nada.

—Bueno, es tu novia y te echaron del laburo, Gena. Yo haría lo mismo. Te dije que la yerba está arriba. No, esa lata tiene galletitas. Igual vienen bien, bajálas.

—Qué quilombo tenés acá. Mirá, si fuera solo eso, vaya y pase. Pero siento que lo está haciendo de prepotente, ¿entendés? O sea, si no consigo laburo antes de fin de mes siento que me va a dejar.

—Eso lo estás inventando en tu cabeza.

A Mariana le falta el coraje para recordarle que hace cuatro meses habían cortado porque uno de los dos había dejado plantado al otro sin avisar. No se acuerda quién estuvo en falta, pero está segura de que ellos tampoco se acuerdan. Después de todo, esa separación apenas duró una semana.

—Capaz. Che, ¿y con Pablo qué anda pasando?

—Nada, boludeces. Discutíamos y le toqué el tema de la madre.

—Bueno, vos también...

—Pero, escuchame. 32 años tiene el tipo. Ya está grande, ¿no te parece? ¿Cómo va andar contándole a su vieja que estamos discutiendo? ¿Por qué su vieja va a pensar que es buena idea llamarme a mí para arreglar las cosas? Nada, la mandé a cagar a ella y al hijo. Combo completo. Encima el lunes me los tengo que fumar a ella y al hermano cuando vaya a hacerme la ecografía.

—¿El hermano?

—El de Pablo. No sé qué mosca le picó. No tiene nada mejor que hacer.

—Bueno bajá un cambio, así vas a llegar al consultorio mañana con una bomba en la cartera. Negra, tu cocina es un quilombo o yo soy bastante pelotudo.

—Las dos cosas, negro. Eso es porque no viste la pieza, parece una fave-la. Esa es la yerba.

—¿Por qué no se ponen a arreglar la casa?

—Porque estamos peleados.

—Ah, muy maduro de su parte.

—Tan maduro como pensar que tu novia va a dejarte porque andás sin laburo.

—Callate. Se te va a pasar el agua, Mariana.

IV

Romina todavía tiene el pelo mojado y los dos huelen a cloro y protector solar. Genaro se acomoda sobre la toalla que puso sobre el asiento del auto y aprieta el volante.

—¿Me estás cargando? Es un trabajo, te lo está dando servido. ¿por qué te haces el exquisito?

—Es en Quilmes. Sería mudarme a casa con mis viejos. Lejos de La Plata, lejos de vos.

—Es un laburo, Gena. A la larga nos viene bien a los dos.

Pasaron el día en casas de sus padres y parecía que iba a ser otra reunión protocolar: almuerzo, postre y tarde en la pileta. Incluso le había sacado a su mamá la promesa de no mencionar nada relacionado a tener hijos como la última vez. Al final de la tarde, su papá le pidió que lo acompañará a la cocina para “charlar en serio”.

—No entendés— dice él.

—Tu viejo te está ofreciendo un trabajo en su empresa y vos le decís que no. ¿Qué parte no entiendo?

—Ya te dije: con mi viejo hay poca onda. ¿Te pensás que está es la primera vez que me tira la oferta? Prefiero hacer la mía.

—Qué pendejo que sos, ¿sabías?

—¿Podés bancarme en una, Romina? En una nomás, eso te pido.

Entran a La Plata, pero Genaro no piensa ir a su departamento como

habían planeado y Romina sabe que él va a dejarla en la puerta de su casa.

—Dale, vamos a tu casa y charlemos —dice ella en la cuadra.

—Bajáte.

—Pendejo caprichoso—es lo último que dice antes de abrir la puerta del auto.

V

—Te juro que me cuesta tanto entenderte, Mariana. Capaz yo soy algo *invasiva*, como les gusta decir ahora. Pero yo lo conozco a mi hijo, y sé que él no le va a responder mal a nadie, a no ser que lo provoquen, eso sí. Por eso me meto. Porque si hay algo que está pasando entre ustedes y yo puedo ayudarlos, lo voy a hacer. Por vos, por mi hijo y por mi nietito o nietita, sobre todo.

—Ernestina, ya te dije: no voy a discutir con vos mi relación con Pablo. Por favor, te pido que pares.

—Perdón por molestarte tanto —su suegra le contesta acomodando su cartera en su regazo, su figura estilizada y caderona en ropa deportiva.

“La próxima ecografía me la hago sola, sin avisar a nadie, ni al padre”. Es la primera vez que Patricia, su obstetra, llega tarde. Justo el día que ella más la necesita ahí en el consultorio. Su cuñado se hizo el tonto y salió a fumar un cigarrillo hace veinte minutos, justo cuando Ernestina empezó a preguntar por la pareja. “¿Qué anda pasando entre ustedes dos, pajaritos? Dale, contáme”, le preguntó.

Mariana intenta distraerse enrollando un mechón de su cabello castaño entre sus dedos. Se ocupa inventando formas de zafar de la merienda que Ernestina tenía planeada luego de la consulta. “Me rajo para el instituto, puedo comer algo ahí y listo”. Pero ella sabe que va a terminar en algún café, preferentemente uno en el que acepten tarjeta de crédito, y que su suegra va a

decirle que pida lo que ella quiera. Entonces, a Mariana no va a quedarle otra más que perdonarla por haberla molestado tanto.

VI

La discusión empieza en algún tramo, entre que él apaga el horno y ella coloca los individuales de plástico sobre la mesa. Nada extraordinario, solamente un “¿cómo te fue hoy? ¿Te conté que en el poder judicial están buscando gente? ¿No te lo comenté?”.

Las tres preguntas una atrás de la otra le molestan más de lo que deberían.

Se sientan con la computadora en el medio, e intentan retomar por tercera vez una serie que siempre dejan a mitad del segundo capítulo. Pasan al tercero y a mitad de los créditos Romina dice: “estoy buscando ayuda para preparar un proyecto, lo quiero presentar para ver si consigo alguna beca en el exterior” y a él le molesta la liviandad con la que lo dice.

Quince minutos después, la discusión ya es una pelea y Genaro está tirando los platos en la bacha de la cocina. El estruendo le dice que alguno no sobrevivió el aterrizaje, otra cosa para reprocharse más tarde.

—Es por el tema del laburo, ¿no? —la acusa a Romina dándose se vuelta con el trapo de cocina colgando de su hombro.

Ella está del otro lado de la barra, colgando los individuales sobre el respaldo de una silla. Se da vuelta para mirarlo con las palmas de las manos abiertas a modo de pregunta, y Genaro sabe que no hay marcha atrás.

—Lo hago por mí, Gena. Yo a vos te quiero, pero quiero otra cosa para mí. ¿No te das cuenta que no estamos haciendo clic? ¿Que me vivís echando de tu casa cuando no te bancas las discusiones serias? ¿Pensás que soy tan hija de puta como para dejarte solo porque no tenés laburo? No, flaco. Estás en cualquiera. Yo quiero otra cosa para mí, estoy a tiempo para ver qué más

hay allá afuera.

Ahora están cara a cara y a Romina parece asustarle que él haya caminado tan rápido o que haya hecho tanto ruido con las plantas de sus pies. Él de todas formas toma sus manos y dice:

—Vos no sabes cuánto me haces falta, Romi —suena menos como una declaración de amor y más como una súplica.

—No alcanza con eso, Gena. Yo a vos te amo, pero con eso no alcanza. No estamos yendo para ningún lado, y estoy cansada.

Romina pide que la entienda, que necesita pensar en ella, en su futuro, en su felicidad. Una listilla que va recitando mientras junta sus cosas. Cada ítem es un nuevo golpe bajo. Piensa que todo esto, ese discurso, está armado. ¿Qué tan resistente será el durlock de las paredes? En una de esas, tal vez golpea un cable y se electrocuta. Capaz entonces Romina se quede a cuidarlo.

—Después te alcanzo las llaves, ¿te parece? —dice ella agitada, con su mochila pesándole el hombro.

Cuando amaga a abrir la puerta, Genaro la agarra por los hombros. A ella se le arruga la cara, los dos están temblando. La mirada de Romina va y viene entre su mano y la puerta, Genaro no sabe si la está lastimando o no. Cuando ella intenta zafarse, él la suelta y se pega contra la pared. Ella sale de un portazo y él puede oír la bajar usando las escaleras en vez del ascensor.

Genaro termina en el balcón, descalzo sobre el piso tibio. Se desarma contra los caños de la baranda polvorienta. El repasador se desliza de sus hombros hasta sus pies.

—¿Todo bien, capo? —alguien pregunta del otro lado.

Él levanta la vista. Es el vecino que se mudó hace unas semanas. Le cuesta recordar su nombre, ¿Martín? ¿Mateo? A él le importa poco. Junta el repasador del suelo y lo mira al muchacho de shorts y remera negra, pelo atado y barba desprolija.

—Todo tranquilo.

ESPONTÁNEO

I

Mariana corre la cortina de la ducha y abre la canilla de agua caliente. Los azulejos marrones del baño se sienten fríos en las plantas de sus pies. Mira el cabezal de la ducha que tuvieron que pagar ellos porque pedírselo a la dueña, amiga de su suegro, hubiera sido demasiado. Otra batalla perdida para Mariana. Prefiere no pensar en eso.

En un rato Pablo va a buscar las llaves del auto, porque esa noche se junta con sus amigos del colegio. "Todos tipos grandes con complejo de viaje de egresados", se dice cruzando las piernas sobre el inodoro mientras espera que el agua se caliente. Lluve hace tres días, la ropa no se seca y las noches son frescas. Inclina su cuerpo hacia adelante y siente, como esta mañana cuando salió de la cama, como su abdomen pone resistencia.

No le preocupa que su embarazo se note, le preocupa esa sensación de que las cosas van a derrapar en el momento en que su panza pase de "hinchada" a "encinta". De ahí en más, no parece haber vuelta atrás y esa idea, para ella que está acostumbrada a hacer y deshacer a su gusto, a encontrarle la vuelta a todo y "darse maña", la aterra.

Como mínimo, era algo que todos se veían venir. Una promesa que habían tardado mucho en cumplir, en palabras de su suegra y, por supuesto, una alegría para todos. Cuando su familia se enteró, su mamá fue la primera en festejar, avisando que iba a ser abuela por redes sociales y había incluido una foto de su abuela con ella en brazos, tal vez con dos años, vestida con overoles y un buzo blanco, fiel hija de los noventa.

Cruza y descruza las piernas, cuenta los segundos, se fija en cómo el espejo sobre el lavatorio se empaña, cómo el vapor se escapa por debajo de la cortina. Ella se muerde las uñas y recuerda que antes, cuando recién vivía con Pablo, en un departamento sin patio ni balcón, ella se encerraba en el baño a fumar un cigarrillo después de cenar.

Mariana se mete en la ducha, pisando con cuidado los azulejos empapados, hasta quedar bajo el agua caliente, con los ojos cerrados y las manos entre su cabello enredado. Se le viene a la mente la última discusión que tuvo con Pablo, antes del embarazo: ella se había olvidado de cerrar la canilla del baño antes de salir para la escuela. Lo que más recuerda es a Pablo llamándola pelotuda e irresponsable.

Le dolió más lo segundo porque esa irresponsabilidad parecía hablar de ella en general, en toda la relación y en todo el tiempo que habían estado viviendo juntos. Esa vez se desquitó con Pablo trayendo a colación la vez que se olvidó la plancha prendida sobre la cama. A la distancia todo eso parece completamente tonto, pero en ese momento quedarse con la última palabra parecía de vida o muerte.

Junta su cabello y los aprieta con fuerza bajo la ducha. Cuando baja la mirada, se encuentra con sus piernas manchadas de hilos de sangre y el agua entre sus pies teñida de un rosa pálido. Entonces siente la primera puntada bajo su ombligo y tiene que sostenerse de las perillas de la ducha.



El sangrado se detiene para cuando Pablo y ella llegan a la guardia. El médico, un hombre pelado y de lentes de armazón grueso, la trata con una mezcla de desgano y enojo, como si su presencia no terminara de molestarlo del todo. La enfermera entra y sale, el médico le pide que anote la hora de la consulta y en el medio le hace preguntas a Mariana. Ella está recostada sobre la camilla mirando el monitor del ecógrafo. Pablo está detrás de ella con una

mano masajeando su hombro.

—¿Qué tomaste? —el medico pregunta y Mariana sabe que la está acusando.

—Nada, ni siquiera un té —responde.

—No hay latido. Lo más probable es que está noche termines de expulsar todo. Anda para tu casa y esperá.

El médico no le da más explicaciones. Salen del consultorio y ella espera en la entrada de la guardia a que Pablo busque el auto. Siente que su panza está acalambrada y teme que la toallita que lleva puesta no aguante y la sangre llegue a la tela de sus pantalones.

—Hola, perdoná que te joda. Mirá, no le hagas caso al doctor, es... de otra época, si me entendés. Si, tomaste algo o si fue espontaneo, andá a tu casa esperar a que pase el sangrado. Si a la mañana seguís con mucha pérdida de sangre te venís para acá urgente. Me buscás a mí, que me llamo Florencia o a Estefanía, ¿dale?

La chica se va antes de que a Mariana le caiga la ficha de que es la misma enfermera que tomó las notas para el médico.



“Espontaneo”, repite esa palabra en su cabeza una y otra vez, en el baño de su casa. Muerde la esquina de una toalla, espera que las contracciones terminen. Pablo armó campamento del otro lado de la puerta, sentado contra la pared en fila india, toallas limpias de un lado y botellas de agua del otro. Intenta entrar un par de veces cuando los dolores son muy fuerte y ella no puede hacer otra cosa más que llorar, pero Mariana cierra la puerta en su cara. Si en las parejas hay momentos para respetar la privacidad, éste es uno.

Cerca de la una de la madrugada oye un sonido tan inofensivo, que lo tiene que pensar dos veces antes de entender lo que pasó. Se mira en el espejo del botiquín, a esa altura solo puede ver su frente laminada en transpir-

ación y su cabello levantado por la humedad. Todo su cuerpo le pesa como una gran bolsa de arena mojada. Respira profundo y abre la puerta del baño.



Me pidieron más ecografías, pero mi doctora me dijo, con un tono blando y cuidadoso, que todo parecía haber marchado bien. Después, hizo entrar a Pablo y nos dijo a los dos que no había nada de qué preocuparse, que esto era muy común y que en tres o cuatro meses podíamos volver a probar.

“Tres o cuatro meses” me parecieron una eternidad. Le dije gracias a la doctora. y a la salida, ella también me dio un abrazo y me dijo que se sentía culpable por no haber estado disponible cuando todo eso había pasado.

Ahora pienso que yo también me sentía algo culpable, pero la culpa duró tan poco que lo olvidé hasta ahora. Un par de noches después, Pablo y yo nos acostamos tarde. Quiso pasar su mano por mi vientre, como una caricia. La primera vez saqué su mano con cuidado; la segunda fui bruta y apreté sus dedos; la tercera le pegué y le dije que la corte. Entonces, Pablo puteó a medio dormir, agarró su almohada y salió de la pieza con un portazo.

Así empezó.

II

—Está cansada, vos entendés.

—¿Y con el laburo cómo va hacer?

—Pidió licencia hasta fin de año. Ese fue otro trámite, pero, en fin.

—¿Y vos cómo estás?

—Acá ando. Voy a la inmobiliaria a la tarde y a la mañana hago las cosas en casa. La doctora de Mariana quiere que haga reposo una semana más, pero ella está medio negada con eso.

—No estoy negada.

Mariana baja las escaleras, apoyándose con fuerza de la baranda. Genaro nota las venas sobre sus manos y su piel amarillenta. Le llama la atención también el vestido gris de mangas largas que tiene puesto.

—¿Preparás un mate, gordo? —pregunta ella antes de tirarse en un taburete cerca de la mesita de café. Pablo se levanta mirando de reojo cómo Mariana cruza las piernas como indio sobre el asiento.

—Está nervioso porque ayer vino Micaela y se quedó a cenar.

—¿Te quiere solo para vos? Perdón, mal chiste.

—Me quiere en la cama mirando películas, llorando y comiendo, todo eso es hacer reposo. Hasta me compró una caja de pañuelos descartables para la mesita de luz.

—Calculo que no los estás usando.

—Ese es el problema. Lloré un montón, dos días enteros y después... bueno. Mi vieja está igual: me manda videos y frases sobre como llorar y sufrir es parte de la vida, y no sé qué otras mierdas. No me estoy haciendo la que no me importa, pero... —Mariana refriega las manos sobre la tela de su vestido. Genaro la ve menos airosa, pero no derrotada—. Contáme de vos.

—Nada, cosas. Sin laburo. Empapelo toda la ciudad y mando mails a todos lados.

Se escucha el mechero de la cocina prendiéndose y Mariana mira sobre su hombro, como si Pablo pudiera estar escuchando la conversación del otro lado de la puerta. Luego, se acomoda un mechón detrás de su oreja y pregun-

ta por Romina.

A él se le forma un nudo en la garganta. De pronto, le gustaría una bombilla de mate entre sus labios para justificar ese intervalo en silencio.

—No tan bien, parece —Mariana insiste alzando una ceja. Ahí estaba su amiga de hace años.

—Cortamos.

Otro silencio incómodo.

—Fue complicado —Genaro se siente obligado a agregar, pero se guarda los detalles.

Ella mueve la cabeza y dice “ajam” entre labios. Pablo sale de la cocina balanceando el termo, el mate y el paquete de galletitas entre sus manos. Parado entre los sillones, con una remera negra desgastada, zapatillas de lona y cabello enrulado tapando las patillas de su barba, Pablo parece estar transitando una adolescencia tardía y desfavorable. Genaro está seguro de que él se percató de ese silencio incómodo con Mariana. No hay otra forma de explicar por qué le está clavando la mirada, desafiándolo y acusándolo todo en uno.

Mariana hace de cuenta que no está pasando nada y pregunta:

—¿Te querés quedar a cenar? Pablo compró fideos frescos.

Suena extrañamente entusiasmada. Pablo, en cambio, ceba el primer mate amargo y se sienta con los ojos todavía puestos sobre Genaro.

SEPARACIÓN

I

Toma aire y se despierta recostado boca arriba, con las sábanas enredadas en sus pies. Le duele todo, desde la espalda hasta la garganta; sobre todo la garganta. Se levanta girando sobre el colchón y arrastra los pies hasta el baño. En el camino va recordando la noche anterior: cena con Gonzalo y Emanuel, la cena se convierte en previa, la previa termina en un bar en 44 cerca de Plaza Italia. Recuerda decirles a sus amigos que no se vuelvan a Quilmes a la madrugada, que se recuesten en su casa.

Encuentra su teléfono apoyado en el espejo del baño, se enjuaga justo cuando la pantalla se enciende. Dos mensajes: uno de su mamá avisándole que le depositaron algo de plata en su cuenta para que no se atrase con las expensas; otro es de Carlitos, un amigo de Romina, preguntándole si puede pasar a buscar las cosas que ella se olvidó en su departamento. Genaro lee esos dos mensajes con la misma emoción que si lo estuvieran echando del trabajo de nuevo.

Recuerda estar a la salida del bar, recostado contra un árbol con olor a pis, mandando un audio que en su momento le parecía tan sensato como pedirles a sus amigos que no manejaran borrachos: "Yo sin vos no puedo vivir, ¿entendés? O sea, me mato antes, no sabés cuánto te extraño". Con razón le duele la garganta. También recuerda que más que pedirles a sus amigos que manejen con cuidado, los mandó a la mierda cuando le dijeron "pollerudo". No quiere saber cuántos audios como ese mandó anoche.

Antes de que la mañana se le venga encima, decide enviar tres correos

con una copia de su currículum, algo que se está volviendo costumbre. “En dos meses voy a estar como antes, al pedo preocuparse”, intenta convencerse. Pero hace un par de días le dijeron que estaban buscando alguien más “joven” y ese mal sabor sigue en su paladar. Vuelve a pensar en Romina, otro mal gusto, acompañado de ganas de patear una puerta, y le responde a Carlitos que hoy va a estar ocupado todo el día, que después arreglan. Una pequeña victoria que le va a durar como mucho media hora.

Luego va a salir al balcón de nuevo, con el mismo desgano de siempre, o va a esperar la tarde-noche sentado entre los almohadones con un termo de mate en el regazo. Ya le había prometido a Mateo que lo iba ayudar a armar un placar para su pieza, de esos que casi no requieren herramientas, pero sí un mínimo de dos personas para ensamblar. Su vecino lo cruzó en el ascensor, le preguntó cómo andaba y, diez minutos después, charlando en el pasillo, Genaro sentía que lo conocía como si hubieran cursado Derecho juntos.

Medio termo de mate más tarde, se está calzando las zapatillas. Una hora después, vuelve del chino a dos cuerdas con dos bolsas negras, la frente transpirada y los lentes de sol chuecos sobre el puente de su nariz. Tiene que cuidarse de gastar demasiado, lo sabe. La alternativa (el sofá, el termo de mate, los mails sin respuesta, las cosas de Romina) justifica llegar a fin de mes pidiendo más plata a sus padres.

Esa mentira se desvanece cuando vuelve a entrar al silencio de su departamento, con los almohadones del sofá desordenados a un costado ahí donde siempre termina apoyando la cabeza. Se pregunta a qué hora podrá tocarle la puerta a Mateo y armar el bendito placar.



—Encima lo mandás a ese pelotudo a buscar tus cosas, pero qué te pasa Romina. Pasá a buscarlas vos, no seas una cagona. No me querés ver porque sabés que no me superaste una mierda y me extrañas. No sé qué te haces la

superada, si los dos estamos en la misma.

Genaro se tropieza con las cortinas de la ventana y un poco de cerveza cae de la lata.

—Uh, mala mía, bro. Pero mirá lo que me hiciste a hacer, Romina.

En ese momento Mateo se despega de la cuerina del futón y le arranca el teléfono de un manotazo. Genaro se tambalea tratando de protestar con las cortinas todavía entre sus piernas.

—Cortala, loco —le dice Mateo—. Está todo bien, yo entiendo que estés mal con tu laburo y con todo lo que te pasó, pero no podés tratarla así a la piba. Respetá su espacio también. Si vas a ser así, ni te gastes.

Así, con el cabello atado y la cara enrojecida, Genaro no puede creer que Mateo apenas tenga 26 años. Le devuelve su teléfono, el audio que planeaba mandar sigue grabándose con el micrófono en rojo.

—Voy a prepararnos un café, yo también ya estoy del orto —Mateo se mete por la puerta de la cocina, pisando las instrucciones para armar el placar que ya dejaron en su pieza.

Genaro deja la latita de cerveza sobre la mesa, entre los papelillos de cigarrillos y las manchas de cenizas humedecidas y se para junto al ventilador. El aire caliente lo adormece y la cabeza vuelve a pesarle. Afuera aun parece de día y ya son casi las siete. Vuelve a mirar su teléfono: seis minutos y veinte segundos. Lo ve a Mateo preparar el agua en la pava y ya no está tan seguro de que se haya olvidado de borrar el audio. Genaro termina por cancelarlo con dos movimientos de su pulgar sobre la pantalla.

II

Mariana apaga la llama de la hornalla y, con un repasador amarillento y descosido, sirve el agua caliente de la pava sobre saquito de té. Un par de gotas salpican sus pies descalzos. Unos meses después, se va a preguntar por qué decidió, de todas las cosas posibles, prepararse una taza de té, cuando todavía le falta armar su bolso, cuando Micaela todavía no le responde el mensaje. Pero el saquito flotando sobre el agua humeante es tan común y corriente que le dice: “todo esto es muy normal, tranquila”.

En sus clases con estudiantes más grandes, los que ya tienen quince o más, suele decir: “si no me preguntan y no se sacan las dudas, después no se quejen si ven un desaprobado en las evaluaciones”. Pasa las yemas de sus dedos por los bordes de la mesada y se pregunta una vez más, como viene haciendo desde que Pablo se fue para la inmobiliaria, si entiende las consecuencias de lo que está haciendo.

Lleva la taza a la pieza y termina de meter un par de camisas floreadas y unos vaqueros dentro del bolso verde marino que ganó junto con una valija en un sorteo de la escuela por el día de la mujer. Esa valija resistió un viaje a la costa con Pablo antes de quedar destartada.

Mariana intercala los sorbos de té con paseos a lo largo de la pieza, buscando zapatos, guardando las carpetas con las notas de sus alumnos, asegurándose de tener todos sus documentos. En algún lugar de la cabeza, sabe que tiene que volver a buscar sus otras carpetas fotocopias y ejercicios, sus abrigos también.

Pero apenas puede pensar en terminar el bolso, mucho menos va a pensar en la temporada otoño/invierno. Además, todo eso está en algún lugar de la pieza más chica de la casa. Ahí donde guardaron también la cuna que su suegra les había dado, la cuna que había sido de Pablo.



“Me quiero separar”.

Le gustaría saber cómo suena al decir esas palabras. Las siente espesas en su boca, como mezcla de bizcochuelo mezclada con miel. Capaz las está soltando, como tantos otros reproches en la pareja, con “falta de tacto”.

—¿Qué decís?

Pablo pregunta y se agarra del borde de la mesa como si estuviera a punto de resbalarse de la silla. Pestañea desorientado hasta que el significado de la frase por fin lo golpea de lleno y desliza las manos sobre la mesa, intentando llegar hacia ella, en la otra punta. ¿Será esa su forma de pedir una reconciliación?

—¿Vos me estás jodiendo o es que sos pelotuda?

Mariana nota que él se está poniendo colorado justo debajo del cuello de su camisa.

—No me podés decir que no sabés de qué te estoy hablando. Y si decís que sí, sos un mentiroso, Pablo.

Ella se asegura de no llamarlo “Pablu”, “Pepu”, “Pipi”, ni algún otro sobrenombre afectuoso entre ellos.

—¿Qué decís? ¿Hace cuánto venís pensando en esto? ¿Es por el bebé? ¿Es por eso? Va a estar todo bien, mi vida. Vos sabe que sí — de las preguntas incrédulas Pablo pasa a susurros, pronunciando de más las “s”, desinflándose entre dientes.

Se le desmorona un poco de su determinación. Desea tener algo que hacer con sus manos, aparte de tamborilear los dedos contra las rodillas bajo la mesa.

—No es por eso... no es solamente por eso. Es mucho más que eso, Pablo. ¿Hace cuánto no nos llevamos bien? Hace un montón.

—¡Pero me vas a decir que esto es por una discusión que tuvimos hace un montón!

Pablo tira por la ventana la voz baja, y ella también. Ahora los dos tienen sus manos sobre la mesa.

—Pablo, no podés ser tan caradura para decir que esto es solo una discusión. Es más que eso: vos y yo, estamos tirando para cualquier lado menos juntos.

—¿Qué es lo que querés? ¿Qué es lo que te hace falta? Yo quiero a nuestra familia, te quiero a vos acá conmigo.

—Pero yo a vos no.

Mariana se levanta y la silla rechina contra las baldosas. Su idea es subir a buscar el bolso y esperar en la pieza hasta que Micaela le avise que está afuera con el auto. Apenas da unos pasos y la otra silla cae el suelo, y Pablo la tiene agarrada de las muñecas.

—No, vos no te vas de acá.

Él parece estar mostrándole los dientes como un perro atado a un árbol.

—¡Soltáme, Pablo!

Mariana consigue zafarse y lo empuja contra el respaldo del sillón. Intercambian miradas, Pablo está cubierto de gotas de transpiración, su pecho sube y baja agitado. Alguien abre las rejas de la entrada, a Mariana se le cruza por la cabeza cómo puede ser que Pablo se haya olvidado el portón abierto.

Micaela cruza la puerta y toma nota de esa escena: la silla tirada entre los dos, Pablo tratando de hacer de cuenta que es normal encontrarlo recostado contra el respaldo del sofá con las piernas abiertas, y a su amiga con los brazos cerca de su pecho.

—Maru, ¿qué pasó? Andá a buscar tus cosas, ¿te parece?

Le cuesta entender lo que dijo Micaela, siente que su cuerpo está más bien hecho de vapor que otra cosa. La última vez que sintió esa clase de desorientación, se acuerda de la nada, fue esa noche que vio sus piernas mancharse de sangre en la ducha.

Micaela insiste una vez más y aclara, también para Pablo, que estacionó enfrente. Mariana sube las escaleras agarrándose con fuerza del barandal. “Yo te espero acá”, la escucha decir a su amiga.

Cuando baja, bolso en mano y mochila al hombro, Micaela la envuelve

en un abrazo y le dice que mejor se apuran y que Pablo se encerró en la cocina. Afuera, el aire caliente huele a pasto recién cortado y espirales contra mosquitos, el cielo está despejado sin estrellas y ella se arrepiente de haberse puesto vaqueros.

Con los bolsos en el baúl, Pablo aparece sobre el marco de la entrada, justo cuando Mariana está por cerrar el portón de la casa.

—¡Mariana, vení para adentro!

—Entrá, Maru —le dice Micaela abriendo la puerta del auto.

—Vos no te metas. Mariana si vos te vas de esta casa, no volvés más, hija de mil putas, ¿me escuchaste?

Mariana cierra el portón y sube al auto.



Se despierta destapada y con el ventilador apuntando en su frente. Su celular vibra contra su espalda, metido entre los almohadones del sofá-cama de Micaela. Diez mensajes de Pablo y tres llamadas perdidas, una de su madre. Se acerca a la ventana del patio marcando el número.

—Hija, ¿qué pasó? Pablo me llamó a la madrugada, me preguntó dónde estabas que te habías ido y que no te veías bien y por ahí te había pasado algo y yo no sabía...

—Mamá, estoy bien. Mirá, si Pablo vuelve a llamar decíle que no vuelva a molestarte, si va para allá, decíle que se vaya, si insiste en quedarse lo espantás con un rastrillo, ¿me escuchaste?

—Pero ¿qué pasó, Mariana?

—Nos separamos, eso pasó.

—Ay, hija. Yo sé que las cosas venían mal, pero viste como son estos obstáculos que la vida te pone. Siempre fuiste así de apurada, pero fue una pelea nada más, nada que no puedan juntarse a charlar.

—No, ma. No me queda nada por charlar, se terminó. Mirá, después

hablamos, un beso.

Mariana tira el teléfono contra los almohadones del sofá, le importa poco si llega a rebotar y cae al piso. En algún momento de la llamada, empezó a lagrimear.

AÑO NUEVO

I

A Mariana le preocupa lo que pueda llegar a pasar si su mamá mezcla vino con champagne como el año pasado. Pero esa vez estaba con Pablo en casa de sus suegros, aunque ya no son sus suegros. Su hermana le que comentó que mamá intentaba desarmar las mesas cuando se cayó de frente al pasto, abrazando una tabla de madera que le sacaba dos cabezas. Hubiera preferido ver eso antes que estar sentada al lado de Pablo, los dos recién salidos de una discusión por la plata de las vacaciones que estaban planeado, pasándose las ensaladas con bronca. Había olvidado esa parte.

Se acomoda el pantalón tiro alto sobre la cintura y pasa las manos por los flecos del top blanco que su mamá había insistido en comprarle porque “tenía que aprovechar que todavía tenía el cuerpo para usar esa ropa”. Quiere ese top al fondo del ropero, junto con las plataformas que Camila le prestó y que hora le hacen doler los pies, pero es muy temprano todavía.

Despega su cuerpo del sillón de tanzas y camina tambaleándose sobre el pasto seco, metiéndose entre sus tíos y primos para llegar a la mesa de caballetes. Con cada paso, sus tobillos amenazan con doblarse, los zapatos tal vez no lleguen a la una de la madrugada.

—Amor, agarra una copa —le dice su madre levantando la suya a modo de ilustración: ya se tomó la mitad del espumante, su papá la abraza por la cintura, le besa el cuello y los dos se ríen como si fueran novios.

Mariana mira las copas alrededor de la champanera de metal y luego hacía los costados. La música, cumbia tropical de los 90, está lo suficiente-

mente baja para escuchar al periodista en la tele empezando la cuenta regresiva y todos le siguen la corriente:

—Diez, nueve...

La mamá de Mariana pone una copa fría entre sus dedos.

—...ocho, siete...

Lo peor de festejar Año Nuevo en la casa de uno es que no hay vuelta atrás, no existe excusa para cerrar las persianas y tirarse en la cama. En todo caso, esta es la casa de sus padres, no la suya.

—...cinco, cuatro, tres...

“Ponéte linda esta noche”, le dijo su mamá a la mañana.

—...dos, uno... ¡Feliz año nuevo!

Como si un director de cine lo hubiera planeado, el reloj marca las doce y de las otras casas del barrio empiezan a saltar listones luminosos que revientan en el cielo. Mariana se toma un momento para mirar cómo los fuegos artificiales estallan y se desvanecen antes de dar vueltas por la mesa.

Las hermanas de su papá le dicen que todo va a estar bien y la estrujan como a un repasador. Una de sus primas le dice que por ahí este año las cosas remontan para mejor antes de ir a besar a su novio. Un tío, hermano de su mamá, dice que cualquier cosa él y su tía la reciben los fines de semana si le hace falta despejarse. Seguramente su mamá ha estado comentando, al igual que en Navidad, lo difícil que había sido la separación para toda la familia.

A todos les da una variación del mismo discurso que viene preparando desde que la encontraron desprevenida en Nochebuena: obvio que todo va estar bien, de hecho, ya está mucho mejor, pero tiene sus días como cualquier persona normal.

Mariana los nota poco convencidos. Tal vez todas esas horas de ensayo fueron en vano, o tal vez esperaban oírla un poco más derrotada y no tan superadora. Le importa poco, quería volver a sentarse y de todas formas peor hubiera sido decirles la verdad o preguntarles por qué no se interesaban más en sus propias vidas. Últimamente le costaba no estar a la defensiva.

Su papá se planta frente a ella y no le da otra opción más que abrazarlo.

—Vos sabes que siempre vamos a estar con vos, flaca

El aliento a puchos y vino le da vueltas el estómago, y la voz ronca de su viejo la deja sin aire por un momento.

Después de eso, Mariana da vueltas por la mesa, sondeando los pan dulces y los budines, las servilletas de tela y los manteles color crema alquilados. Diez minutos del año nuevo más tarde, su teléfono comienza a vibrar seis, siete, ocho veces de seguido en el bolsillo de su pantalón. Desbloquea la pantalla para ver 15 notificaciones nuevas. El mensaje más reciente dice:

“Feliz año nuevo amor. Que este año nos encuentre juntos como supimos estar. Yo acá te espero, en casa.”

Mariana se baja la mitad de su copa.

“Pelotudo”, piensa.

II

Genaro no está seguro si tomó demasiado o muy poco. Última noche del año y su camisa se le pega a la espalda con el calor. Sabe que puede meterse adentro de la casa donde el aire está prendido y seguro que después de las doce todos terminan metiéndose en la pileta por la que está dando vueltas ahora.

Se aguanta la transpiración y la sensación de que su cabeza está envuelta con tres mantas, peor sería estar adentro con la mirada atenta de su papá, al que le saltaban las venas del cuello como si estuviera partiendo un tronco con los dientes. “Dejáte de joder con eso de hacerte el independiente y te venís a trabajar acá de una puta vez”, le dijo anoche, una variación de la misma discusión que vienen teniendo hace semanas. Sí, prefiere estar afuera.

Aparte, el calor lo tiene lo suficientemente atontado para olvidar las ganas que tiene de escribirle a Romina y preguntarle como la está pasando. Mateo le dijo que mandarle un mensaje durante las fiestas, aparte de ser un

cliché, era un golpe bajo. Genaro le había prometido que se iba a sacar las ganas de encima de algún modo. A lo mejor, ahora que había decidido no tomar demasiado, hacía de chofer responsable para sus amigos esa noche.

La puerta que une el patio al resto de la casa se abre y su hermano saca la cabeza y patrulla el perímetro con una ceja levantada.

—Siempre con cara de nabo, vos, ¿no? —le dice Genaro

—Acá estás, gil. Ya falta poco para brindar. Dale, cambiá esa cara y veníte para adentro—contesta Rafa.

Su hermano tiene la costumbre de hablar con las manos. Esta noche, los movimientos se le complican por culpa de la remera blanca que lleva apretada sobre el cuerpo como un film plástico de comida.

—Termino el pucho y voy.

—Dale, no te pongas en boludo. Bastante ya hiciste anoche.

Rafa le da unas palmadas en el hombro a su hermano antes de irse.

Capaz esa noche en vez de salir se escapa con el auto de vuelta para La Plata. Las probabilidades de quedar estampillado contra otro auto sobre la autopista, si es que las hay, no le molestan tanto. Le da otra pitada a su cigarrillo y lo tira entre las macetas de cerámica lisa con plantas de hojas siempre verdes.

Otra opción, una que Genaro viene considerando desde que salió de la ducha a eso de las ocho de la noche, es tomar de cada pico de botella que encuentre y ver cómo termina la noche.

III

—Me tengo que mudar —Mariana remata de brazos cruzados contra la barra de la cocina

Genaro corta la pava eléctrica antes que el agua hierva y termina de

preparar el mate. Su departamento parece demasiado arreglado, con pocos rastros de que alguien lo haya habitado para otra cosa aparte de dormir.

—Hasta que no juntes algo de plata no podés hacer mucho.

—Puedo quejarme, eso es algo. Y no me cobran depósito para eso.

—¿Cuándo arrancas con las clases particulares?

—Martes que viene, ¿vos cuando arrancás en el bar?

—El lunes.

—Este año es nuestro año, negro.

—¿Vos decís?

—Bueno, siempre podemos estar peor. Tratemos de que al menos eso no pase.

—Dale, trato.

Genaro le ceba un mate y los dos se quedan mirando por la ventana del balcón.

LUCHI

I

La primera vez que Mariana se cruza con Luchi también es la primera vez en seis o siete años, cuando ella era su niñera y aún vivía en el barrio. Sus tíos pasan a almorzar un domingo al mediodía y ya están preguntando por ella, por su vida, por cómo se siente. Cuando su papá saca la idea de construir una casita en el fondo para que ella se quede, Mariana se ofrece para ir a comprar cerveza y de paso despejar sus nervios.

El quiosco del barrio a dos cuadras de su casa revienta de calor con las heladeras y congeladores encendidos. Tiene el pack de cerveza fría a un costado y está frente a la caja, decidiendo entre comprarse unos chicles u otro paquete de cigarrillos y escucha sin querer la conversación entre la quiosquera y Susana, otra vecina del barrio.

—¿Lo viste el otro día al hijo de Lidia? Ese chico les va a dar un ataque al corazón a sus padres.

—Pasó ayer por acá. Te das cuenta que viene una cuadra antes por cómo camina, nomás.

—El otro día Lidia me lo dijo: se la pasa todo el día afuera, solo. Que se desaparece por horas, a veces, sin avisar.

—Ya sabes lo que significa eso —le dice la quiosquera y con la botella de agua que tiene en la mano hace un gesto, empujando la parte de adentro de su boca con la lengua.

—Pero qué ordinaria Marisol.

Mariana las ve atontada, con su mano flotando sobre las tiras de chicle

sabor menta refrescante. Justo detrás de ellas, saliendo por entre las góndolas, aparece un chico con shorts y una remera gris que le llega casi hasta las rodillas. Marisol y Susana se quedan duras mirándolo, Mariana suma dos más dos y lo ve de nuevo al muchacho: su cara chupada, con ojeras y manchitas rojas en la piel. Las tres mujeres en la caja saben que Luchi escuchó la conversación. A Mariana le gustaría haber sido parte de otra secuencia.

—¿Luchi? ¿Sos vos? —pregunta haciéndose la tonta—. Perdón, pero la última vez que nos vimos me llegabas a la cintura.

Pésima elección de primeras palabras.

Luchi alcanza a dejar el paquete de galletitas en una de las góndolas antes de salir diciendo algo que sonaba parecido a “me olvidé la plata en casa”. De no haber estado antes, de no haber escuchado la conversación, de no haber sido parte de toda esa escena, a Mariana le hubiera causado gracia la forma en la que el muchacho salió corriendo por las puertas del quiosco.

—¿Se habrá robado algo? —pregunta Marisol estirando el cuello hacia la puerta.



La segunda vez que se cruza con Luchi, es un miércoles cerca de las seis de la tarde, el calor la agobia y espera a que el técnico de la empresa de cable resuelva un problema con el wi-fi de la casa. Mariana se recuesta contra la puerta abierta a la calle, le gustaría prender el aire, pero todo el día hubo baja tensión en la zona y no sabe si es lo más apropiado.

El técnico intenta remar una conversación por sí solo, se ríe de sus propios chistes cuando Mariana no responde. Hace poco preguntó si la habían dejado sola, y ella le respondió que su papá seguro llegaba en un rato si necesitaba preguntarle algo. Los dos saben que esa es una mentira, por eso cuando él vuelve a preguntarle algo, esta vez sí puede pasar al baño, ella le dice que no hay agua en la cuadra.

—Qué lástima —dice él, pasando una mano sobre su pantalón justo por debajo del cinturón.

El gesto la deja a Mariana fuera de eje, como si alguien le hubiera metido cubos de hielo debajo de la ropa. Sale a prender un cigarrillo al portón del frente, para que alguien pueda verla a ella. Mira sobre su hombro al técnico y al mismo tiempo se anota el número de la patente del auto en el que llegó.

Ahí en el frente de la casa, lo ve a Luchi en la esquina de la cuadra, aún más delgado desde lejos, con los brazos pegados a los costados, caminando como si estuviera atado con precintos. Mariana lo mira, apoyada contra el metal tibio del portón, convencida de que cuando la cruce con la mirada, va a cambiarse de vereda.

Eso no pasa y Mariana lo saluda y él también, pero se peina el cabello para atrás como si estuviera mirándose los pies y ella ya no sabe cómo seguir la conversación.

—Seguro que no te acordás de mí...—tantea apagando el cigarrillo contra los ladrillos en el portón.

—Eras mi niñera. Si me acuerdo. Todo el barrio se enteró cuando volviste...perdón.

—No te preocupes. Sabía que eso iba a pasar. Me sorprende que mi vieja no haya puesto un pasacalle con la noticia.

A Luchi se le escapa una risa que desarma un poco sus hombros. Mariana se siente un poco más segura ahora

—Escucháme, ¿tenés algo que hacer? ¿Querés merendar algo? Tenemos helado, café o chocolatada y un montón de budines con chocolate.

A Mariana no se le escapa que suena como una mujer a punto de cometer un secuestro.

—¿Por qué? —pregunta Luchi.

“Porque me siento mal por lo del quiosco”, se le cruza por la mente.

—Porque estoy aburrida—dice.

—No te quiero molestar.

—No es molestia—se apura en retrucarle y después mira sobre su hombro, ahí donde el técnico vuelve a desaparecer por el pasillo—, me estarías

haciendo un favor.

Luchi le dice que fue un gusto verla, que otro día pasa. Falta que le diga “doña” para que Mariana termine de sentirse parte del mismo grupo que Mari-sol y Susana. No puede hacer más, Luchi ya se está yendo por la vereda, con los hombros bien bajos y juntos contra su cuerpo, y las manos en los bolsillos del pantalón. “Tan chico”, Mariana piensa.

Le pide al técnico que se apure porque ella tiene que salir. El técnico se va veinte minutos después, queriendo saludarla con un beso, pero ella pone un brazo de distancia entre ellos y se mete en la casa para asegurarse, desde la ventana, de que el auto se está yendo de la cuadra.

Una hora más tarde, ella está tirada en el sillón con las luces apagadas y el televisor encendido, mirando una película de terror en blanco y negro en uno de esos canales de cable *Premium*. Mariana piensa en la casa, en el técnico y también en Luchi. En la pantalla, la protagonista dice que se siente atrapada, que cada vez que intenta escaparse algo la detiene.

—Te re entiendo, hermana —le contesta Mariana.

II

Luchi sale de su casa sin avisarles a sus papás. Se viste con unos jeans holgados y zapatillas de lona gastadas de tanto patear. Se apura porque con Maxi nunca sabe y siente que, si sale de su casa rápido, hay menos chances de que le diga que mejor quedan otro día.

—¿Están tus viejos? —pregunta cuando él le abre la puerta.

—Están en lo de mi tía, dale pasa, bobo.

Su casa está helada con el aire prendido en 17 grados y él apenas vestido con un par de shorts. Las cortinas cerradas, obviamente; el televisor encendi-

do. Luchi insiste en salir afuera, a pesar de que el cabello se le desarma con la transpiración y la remera se le pega a la espalda.

Terminan bajo el limonero al fondo del patio, al lado del depósito en el que guardan las herramientas y los tachos de pintura viejos. Una vez Maxi le mostró que ahí había un par de repuestos para bicicleta por si le hacía falta, pero Luchi no sabía de esas cosas y de todas formas a los diez minutos estaban chapando contra la pared, como ahora. Entre beso y beso, Maxi le pide para entrar, ahí es más fácil escuchar si alguien viene para la casa que en el fondo. Luchi intenta convencerlo que desde ahí puede escaparse por la medianera del patio.

—No podés hacer diez flexiones en educación física y vas a saltar una medianera, mamerto —le contesta Maxi.

—¿Por qué sos así conmigo?

—Si te vas a hacer la víctima de nuevo, mejor ándate.

Luchi insiste, aunque sabe que va a salir perdiendo. Maxi nunca deja pasar la oportunidad de aclararle que él se la está jugando, que a él lo pueden cagar a trompadas en la escuela y que a él lo pueden echar de su casa. Luchi piensa que todo eso bien podría pasarle a los dos, pero nunca tiene el valor para decirlo.

Al final se desentiende y acepta ir adentro, bajo el aire de la sala. Maxi apoya su brazo sobre su hombro y Luchi quiere decirle que así, con los pelitos de la barba y los puntos negros en la nariz tan de cerca, se ve hermoso. Esa clase de comentarios siempre terminan con un “no seas maricón”. De todas formas, terminan pasando menos de una hora solos en su pieza. A Maxi lo invitan a andar en bici y antes que pueda protestar, ya le está pidiendo a Luchi que se ponga las zapatillas y se vaya.

—No podés hacer esto, Maxi. Dale, no seas así.

Se escucha hablar. Suena rezongón y cansado, como una criatura.

—Deja de mariconear, Luciano. Nos sos una mina.

Se despiden con un beso cerca de la puerta y así como si nada Maxi lo está echando al sol de media tarde sin nubes y el cambio de temperatura hace que su nariz empiece a chorrear y que su cabeza le dé vueltas.

“Si fuera una mina, seguro los mandaba a la mierda a sus amigos”, piensa Luchi andando con los brazos cruzados

III

Mariana hojea el diario al frente de la casa sentada sobre un sillón de tanzas que trajo del patio, con los lentes de sol puestos y una botella de agua sobre el apoyabrazos de metal. El barrio entero duerme la siesta, parece, y solo puede escuchar los motores de los aires zumbando por lo bajo. Está ahí porque el aire frío de la sala huele a encierro y no puede estar más de cinco minutos en su vieja pieza sin dar vueltas por toda la casa. También está al frente porque de esa forma no tiene que cruzarse con Camila o con su mamá.

Está leyendo una nota sobre la caída de la construcción en el país cuando siente que la están mirando desde la vereda. Alza la vista rápido porque todavía tiene el disgusto del técnico de la empresa de cable dando vuelta en su cabeza. Ahí está Luchi, con una mano en el bolsillo de un pantalón demasiado holgado para su cuerpo y con la otra saludándola desde el portón.

—Tendrías que estar durmiendo la siesta, ¿no? —ella le pregunta con la garganta seca.

—Vengo de otro lado.

“Siempre anda solo”, recuerda.

—¿No querés tomar un tereré conmigo? Hay limonada, de la exprimida—Mariana se esfuerza por sonar distante y amable todo en una.

—Dale.

IV

Su papá no le cree cuando le dice que estuvo charlando con la vecina toda la tarde. Su mamá dice algo sobre Mariana, un detalle sobre la época en la que era su niñera. Eso parece calmarlo a su papá. Le piden que la próxima avise por dónde anda, no importa que sea a la vuelta.

Más tarde, Luchi sale de la ducha chorreando agua y sin molestarse en secarse con la toalla se para frente al espejo. "Si fuera una mina, estaríamos juntos hasta ahora, seguro me compra regalos y nos damos besos en la calle", se dice.

Levanta la toalla hasta taparse el pecho y despeina su cabello para que caiga sobre su cabeza y por dos segundos se olvida que sus hombros están más anchos y que cada vez es más difícil sacarse los pelos de la barba con una pinza para cejas. Cuando logra olvidarse de todo eso, Luchi se siente hermosa.

PREGUNTA

I

A Mariana le gusta esta psicóloga porque siente que tiene una conversación en vez de una sesión. La última vez que hizo terapia, casi diez años atrás, hablaba sin parar y el psicólogo la observaba con atención, pero sin interés genuino. Alexa no es así, Alexa la obliga a pelearse con sus palabras.

—¿Entonces cuál sería el problema? Si es que hay un problema —le pregunta reclinándose sobre la silla.

—Pensé que ya habíamos establecido que sí hay problemas.

—Vos dijiste que había problemas. Estamos viendo si eso es cierto o no.

—Sigo en casa de mis viejos.

—Eso es circunstancial.

—Me gustaría que lo otro fuera circunstancial, lo podría arreglar si fuera *circunstancial*.

—Por ahí estás queriendo arreglar algo que no está roto.

—Me parece que estás haciendo las preguntas equivocadas.

—¿Y cuál sería la pregunta correcta? —le pregunta Alexa.

—¿Por qué? ¿Por qué me junté con él? ¿Por qué me separé? Muchos “por qué”. ¿Qué pasó en el medio?

—¿Por qué, entonces?

—Porque lo quería. Después lo dejé de querer, nos dejamos de querer, dejé de querer todo eso. Suena tan fácil si lo digo así.

—Por ahí es así de fácil.

—¿Y si no hubiera pasado lo que pasó? Seguiría con él.

—No sabés. Por ahí te hubieras separado de él en otro momento.

—Sí. Con un bebé en el medio.

—Pero eso no pasó. Fijáte que están pasando otras cosas, ahora: estás hablando con ese chico de tu barrio.

—Luchi, sí. No es para tanto. Pasa cada tanto por casa. Es que me da tanta lástima verlo. Parece que no lo abrazaron de chico. No creo que se haya acordado de mí, viste que lo cuidaba. Pero está tan solo, quería darle una mano. No sé qué pasó ahí.

—Por ahí esa es la pregunta correcta.

II

Luchi pasa por la casa dos o tres veces por semana. Siempre espera a que Mariana reparta los ejercicios y las explicaciones a sus alumnos. Se sientan en la mesita cuadrada con la puerta al patio abierta y una jarra de jugo frío en el medio.

Ya no pregunta por qué ella sigue dejando que venga a su casa. A Mariana se le agotaron las respuestas ahora que tiene dos o tres alumnos por tarde. Tampoco sabe qué responderle a su mamá cuando le pregunta de qué hablan con su hijo. “Tomamos maté y hablamos de películas”, “hablamos del tiempo y me preguntó por mis clases particulares”, le responde a Lidia cada tarde que Luchi se va de la casa.

No sabría qué hacer si Luchi fuera a decirle algo genuinamente importante, algo que no podría dejar pasar por alto. Ese es un riesgo que, en este momento, sentados cerca de la puerta con el calor de la tarde, no debería preocuparle. Luchi siempre pregunta, pero rara vez contesta. Tienen conversaciones breves que se agotan en ideas tontas, pero que parecen divertirle.

—¿Te imaginas si todavía fueras mi niñera?

—Qué horror para vos. Primero que estás muy grande, segundo que hasta cuando eras chico era pésima como niñera.

Quiere tratarlo a Luchi sin ser condescendiente y sin forzar las situaciones. Pero a veces le gustaría ser una de esas profesoras “cancheras” que siempre consiguen dar vuelta las conversaciones y logran enganchar a sus alumnos. ¿a qué clase de prácticas de la enseñanza faltó que no aprendió eso?

—¿Estás nervioso por arrancar las clases? —Lidia le pidió que pregunte eso, por las dudas y Mariana siente que en cierto punto está traicionando a Luchi.

—Otro año, mismos compañeros, casi los mismos profesores. Lo mismo de siempre.

“Qué linda manera de no responder absolutamente nada”, piensa Mariana sirviéndose un poco más de jugo.

—Como profesora estoy obligada a decirte que estudies mucho y que te pongas las pilas.

—Qué pesada...

—Pero como amiga te digo que te lo tomes con calma y cualquier cosa me escribís.

—¿Me ayudás con mi tarea de inglés?

—Te cobro.

Luchi se despide un rato después de que pasan a buscar al último alumno. Cuando lo pierde de vista en la esquina, le avisa a Lidia que está en camino. Mariana ordena su carpeta de ejercicios mientras que su mamá sale perfumada de la pieza. Le pregunta si “ese chico” volvió a casa y por qué lo sigue invitando.

—Porque me cae bien —le contesta.

III

Por primera vez, a Genaro le gustaría estar detrás de la barra explicando la diferencia entre una IPA y una APA. Él y su padre están discutiendo en el quincho de la casa, su mamá salió a la pileta a mojarse los pies y Rafael está entre ellos, mirándolos como si fuera un partido de tenis.

—Estás tirando tu título a la mierda, sirviendo maní, y pasando trapo al piso—le dice su padre y la cruz dorada que lleva colgada se mueve entre los pelos de su pecho.

—No están buscando gente, ¿Qué querés que haga? Al menos no estoy tirado todo el día, al menos estoy con algo, no sé.

—Sí, estás haciendo el esfuerzo mínimo—su hermano por fin decide meterse—. Primero que así nunca vas a volver con esa piba.

—Bajísimo, lo tuyo Rafa.

Genaro tenía planeado pasar por la quinta de uno de sus amigos después de almorzar. El día es ideal para pasarlo al lado de la pileta. La última vez que intentó volver a la vieja rutina con sus amigos del colegio, se sintió como un anexo a las charlas que tenía con Rafael. Todos hablaban de sus vacaciones en Pinamar, en Mar del Plata o Río de Janeiro, hablaban de sus novias, pero más frecuentemente de las chicas que intentaban chamuyarse, de la nueva muchacha que entró a hacer una pasantía.

En ese escenario, Genaro tenía poco y nada que mostrar, no podía inflar el pecho como antes y hablar sin terminar mencionado el bar, o a su nuevo amigo, el vecino de al lado que volvió de su casa en Mar del Plata hace poco para preparar un final.

En cambio, Genaro va a su pieza de antes y se tira entre las almohadas. Romina le diría que no haga caso a sus viejos. O le diría eso si todavía estuviera trabajando como antes. La Romina que le cortó el rostro le diría que se haga hombre y tome el trabajo de una buena vez, que siempre hay alguien en peores situaciones. La Romina de ahora debe estar preparando las valijas para ir a algún laboratorio bioquímico en el exterior.



—Te estás como poniendo en un lugar muy de víctima y te digo que te queda fatal, decile Mateo —Mariana habla alzando la vista desde su lugar debajo de un árbol.

—Yo estoy de acuerdo con ella.

—Perdón, pero está es una conversación para mayores de veintinueve con pésimas relaciones con sus viejos, ¿escuchaste?

—Bueno, hablando en serio. Te estás torturando demasiado. Las cosas andan mal, sí. Fijate que todos están mal. No te voy a decir que te sientas agradecido por tener un laburo, porque es un laburo de mierda. Pero, ¿vos ves a alguien que la esté pasando bien? —Mateo habla rápido y se le entreveran las palabras cuando se emociona.

“Todos mis amigos la pasan bien, Menos vos y yo, claro.”

—Pero no entendés, no es solo eso. Si fuera así de fácil, y sí todos andamos mal. Qué se yo. Pero a lo que voy es que... nada. Dejá nomás.

—Dale, decilo amigo.

—A lo que voy es que estoy fracasando de un modo zarpado. Te hablo de un fracaso fundamental ¿entendés? Estoy a dos pasos de tirarme frente a un bondi, o peor de escribirle a Romina para decirle “che, tomamos algo como amigos”. Las dos cosas me parecen tan... de gil. Y encima Romina me dejó a mí, o sea de última si la dejaba yo vaya y pase, ¡pero me dejó a mí!

—¿Vos te das cuenta de lo que tengo que aguantar hace como once años? —Mariana pregunta a carcajadas.

—Sos un boludo matriculado, vos —le dice Mateo.

—Y soy abogado, negro.

IV

Maxi le dice a Luchi que es muy demandante, solo que no usa esas palabras. Más bien le dice que es “cargoso”, “insoportable” y que no puede estar pegado a él todo el día que no “sea puto”. Esa misma noche Maxi lo termina bloqueando por todos lados menos por Instagram, y Luchi ve sus historias saliendo a bailar con algunos chicos de su división y con Sofía. Le molesta que ande abrazado a Sofía.

Luchi se duerme a las cuatro de la mañana con los auriculares enredados a su cabeza y se levanta cuatro horas después para encerrarse en el baño. Pasa media hora frente al espejo que lo toma hasta el pecho, y si se aplasta contra la pared puede llegar hasta la entrepierna. Se ata y desata el cabello con una gomita que robó de su mamá, se lo suelta a un costado, para el otro; junta los hombros, baja la cabeza. Así y todo, no logra parecerse a Sofía en las fotos.

“Sofía es mi mejor amiga” fue lo que Maxi le dijo cuando recién empezaron a hablarse el año pasado. “Es como una hermana”. Le gusta recordar que fue Maxi el que empezó a escribirle. No le sirve de mucho para consolarse en este momento. Suelta su cabello de vuelta. “Soy un imbécil”, se dice.

Su hermano Fernando lo interrumpe del otro lado de la puerta:

—Deja de hacerte la paja y vení a saludar a la abuela.

Luchi se aguanta un par de lágrimas más y se pasa las manos por ahí donde siente que debería haber un par de pechos y no eso pezones planos con dos pelos tristes saliendo alrededor. Sofía ya tenía pechos, y cintura, y también pelo largo y ojos verdes. “La puta madre”, se dice.



A Luchi le cae bien su abuela porque ella habla por dos personas, entonces no tiene que preocuparse por preguntas que no pueda contestar. Tam-

bién la quiere porque es la única que puede decirle boludo a su papá, mientras le dice a su hija que debería haberse casado con un empresario; y porque le dice a su hermano que debería haber estudiado ingeniería, que abogados sobran en el mundo. Otro tema habitué de la abuela Amelia es hablar mal de su difunto marido. “Otro pelotudo que sobra”, suele decir antes de que su hija la calle.

—¿Cuándo arrancás la escuela, negrito? —la abuela pregunta cuando terminar de almorzar.

—Dos semanas. Tendrías que pasarte por la peluquería antes, hijo ya hablamos de eso—se adelanta en contestar su mamá

—No lo quiero tan corto como la otra vez

—No podés tenerlo así—su papá dice desde la punta de la mesa.

—Tu papá seguro quiere ahorrar champú. Es capaz de raparte.

—Mal no le vendría.

Su hermano se va a pasar el resto del día en casa de su novia y su mamá lava los platos. La abuela le pide a Luchi que se siente con ella en la media sombra del patio. Ella saca un par de bombones del bolsillo de su vestido y una gomita blanca y negra para el cabello.

—Vení, vamos a peinarlo.

La abuela se para detrás de Luchi con la gomita entre las manos y comienza a juntar su cabello, pasándole los dedos arrugados pero suaves por su cabeza.

—Veníte a mi casa esta semana, algo se nos va a ocurrir. Te puedo cortar acá a los costados y dejártelo largo acá arriba, ¿viste? Lo podés tener peinado en la escuela y después te lo soltás.

—Los preceptores me van a decir algo.

—Negrito, yo te voy a contar algo sobre la gente que “dice cosas”. Se pueden meter todo eso en el centro del culo. Tu mamá me tiene lastima y se enoja cuando hablo mal de tu abuelo, pero él siempre me decía que era fea y mala esposa. Se tuvo que morir para darme cuenta que él era el sorete en todo eso. Hacéte siempre esa pregunta, negrito: “¿quiero tener un sorete flotando al lado mío?”

—Sí mamá te llega a escuchar...—Luchi le dice riéndose.

—¿Por qué te pensás que la mandé a lavar los platos? Pensá en lo que te digo y veníte a casa. Hace mucho no venís. No sé qué andarás haciendo.

Su papá y su mamá la llevan a la abuela de vuelta a su casa en Los Hornos, le dicen que se porte bien y que no salga antes de que vuelvan. Luchi se queda pensando un rato largo en el patio, con el pelo atado todavía con la gomita que su abuela le regaló. Arma suficiente valor para borrarlo a Maxi de todos lados y hacer de cuenta que nada de eso importa. Justo cuando saca su teléfono para hacerlo, Maxi le escribe preguntándole si quiere pasar por su casa. A Luchi ya no le importa tanto que le dijera puto, cargoso o maricón.

V

Mariana sale de su pieza, la que antes compartía con su hermana, vestida y perfumada, con los lentes de sol colgando del cuello de su remera. Quedó en almorzar con Genaro y Micaela en Punta Lara y logró convencerlo a él de llevarlos en el auto. “Me vas a pagar la nafta, ¿me escuchaste?”, le dijo. Mariana es capaz de pagarle hasta las expensas. Cualquier cosa con tal de salir de casa este sábado.

Su mamá está sentada en la mesa grande de la sala tomando mate sola. Le pregunta si quiere bizcochitos que sobraron del cumpleaños que trabajó ayer con el catering, que el mate está bien, pero pueden cambiar la yerba. Mariana le dice que la acompaña un rato y se sienta al lado con las piernas cruzadas. Las dos se sientan de la misma manera, con las manos juntas sobre las rodillas.

En el noticiero hablan de una chica que fue vista por última vez camino a una entrevista laboral en Almagro hace una semana. Muestran fotos de ella

sacadas de su perfil de redes sociales, fotos en las que se está riendo con labial violeta y sombra de ojos negra, fotos en las que aparece en el patio de alguna casa con pileta en bikini y con lentes de sol.

—Seguro se escapó con el novio. ¿te acordas de esa chica? Acá en La Plata fue. Esa chica que se escapó y todos la estaban buscando, y al final la encontraron porque fue a sacar plata del cajero —dice su mamá cebándole un mate.

—Sí —empieza a responder Mariana—, pero no siempre es así. Casi siempre, es otra cosa lo que les pasa. A veces no vuelven.

Su mamá acepta el mate de vuelta y no vuelven a hablar del noticiero o de la chica. Mejor para ella, cada vez busca menos motivos para discutir con sus padres. Cada pleito, cada recriminación termina con “lo que pasó el año pasado”, un recordatorio para todos los presentes de que Mariana no debería estar ahí. Ella no necesita que se lo recuerden, nunca se le escapa.

—¿Qué haces hoy tan bien vestida?

—Es una remera y un jean. Nada, vamos a hacer un picnic con Genaro y Micaela, aprovechar el sol.

—Ah...Y ese muchacho, ¿te pasa a buscar?

—Es Genaro, mamá. Lo conoces hace años —Mariana hasta se ríe un poco.

—Yo solo pregunto por preguntar. Nada más.

Su mamá pasa las manos por su vestido de entrecasa que tiene tantos años como manchitas de lavandina en el dobladillo.



—¿Por qué tu mamá me miró con esa cara hoy? —pregunta Genaro cebando un mate.

—Porque piensa que vos y yo estamos cogiendo, negri—le responde Mariana llevándose un bizcochito a la boca.

Micaela se ríe, un poco por cómo lo dice Mariana y otro poco por la cara

que pone Genaro.

—No entiendo.

—¿No será que piensa que vos y él, mientras vos y Pablo...? —agrega Micaela.

—Seguramente.

—¿Seguramente qué? —pregunta Genaro.

—No podés ser tan inocente, Gena —le tira Micaela—. Te explico: su mamá piensa que Mariana le estaba metiendo los cuernos a Pablo con vos y por eso se separaron.

—Uh, me debe querer colgar de los huevos.

—No es personal, solamente te culpa de haber arruinado la vida de su hija.

Mariana se sonríe y piensa que al menos ellos dos se están llevando bien. Se acomoda contra el tronco del árbol y mira a lo lejos, en el mar, los barcos que están esperando para entrar al puerto y se lleva otro bizcochito a la boca.

EGOISTA

I

Hace media hora que Micaela intenta convencerla de salir a tomar algo, nada complicado, solo sentarse, reírse un par horas y volver a su departamento. Toda la idea le suena tentadora y a la vez cansadora, algo que habría hecho en otras circunstancias, más pendeja y con otra perspectiva. A Mariana últimamente le cuesta recordar que, aunque no sea una pendeja, tampoco es un trapo de piso.

—¿Vos decís, Mica? Tendría que irme a casa, bañarme, cambiarme, todo un quilombo.

—Te presto ropa, negra. Algo tranqui, una camisa, un pantalón, los zapatos que tenés los podés usar así. Vos tranquila, te volvés a tu casa bien descansada para la hora del almuerzo mañana.

—Pero la plata...

—Mariana, si hace falta te presto mi tarjeta de crédito. No te estoy haciendo una sugerencia, te estoy diciendo lo que va a pasar.

Terminan apretadas en una mesa con otras siete personas en la esquina de un bar con cerveza cara y tragos impagables. Mariana toma de a sorbos hasta que el tiempo pasa y van por la tercera ronda. Ella y Micaela recuerdan al ex de Mariana que solía quedarse en el baño para irse sin que nadie lo viera, después a la chica que había cortado con Micaela porque tenía miedo al compromiso:

—Está casada y con dos hijos. Resulta que la fóbica al compromiso era yo.

—¿En qué momento la gente tiene tiempo para tener hijos? Yo quise y

parece que hasta en eso a mi cuerpo le dio fiaca.

Micaela se hace la desentendida y mete la mano en el platito de maní salado.

—¿Muy pronto para hacer chistes? Dejá que me ría de mis propias desgracias, Mica. Para lo demás estoy yendo a la psicóloga.

Al final, se vuelven a las cuatro de la mañana. Micaela pasa tres semáforos en rojo y apenas puede hacer los cambios con la palanca. Mariana está contenta de ya no estar en el bar y más contenta todavía de no estar en la casa. Se duerme con las piernas colgando del sillón de Micaela, escuchando el ventilador de pie.



Mariana tiene a Soledad en brazos mientras su mamá intenta armarle un rodete más o menos decente en la cabeza. Pero la bebé insiste en que la tire de espaldas, patas para arriba y que la vuelva a levantar.

—Bueno, se hizo lo que se pudo. A ver, dámela que yo la sostengo.

—Dejá, nos estamos divirtiendo, ¿no es así mi vida?

La bebé se sonríe y vuelve a tirarse para atrás. El aire está pesado y en el noticiero dijeron que mañana va a llover, pero apenas se están armando algunas nubes en la zona y Mariana anda descalza por el pasto, recorriendo las sabanas secándose al viento, a Sole parece gustarle esto. Camila está en algún lugar de la casa, seguramente mirando la tele con Bautista.

—Entonces saliste con Mica anoche —su madre intenta decirlo como si no fuera una pregunta.

—Sí.

—¿Cómo le está yendo con el consultorio?

—Ahora dejó de atender tanto porque está trabajando en una organización. Apoyo psicológico para mujeres, situaciones violentas, contención...— va perdiendo el interés en responder y en hilar oraciones completas.

Es la tercera vez que le pregunta por ayer a la noche, la cuarta si incluye el mensaje de hoy por la mañana y la llamada perdida que no llegó a contestar. Está cansada, no durmió bien y prefiere estar sola o jugando con su sobrina que todavía no sabe hablar del todo. Todo le molesta y no confía en sí misma en ese estado.

Mariana entra por la cocina hasta la sala y deja que Sole se desprenda por su cuerpo para salir corriendo a tirarse sobre el regazo de su mamá. Su papá está sentado de piernas abiertas en el sofá reclinable con un cenicero a un costado, un cigarrillo sin prender sobre su oreja. En la tele, una periodista reitera que el cuerpo que encontraron al lado de la ruta anoche es de la chica que desapareció hace dos semanas.

—¿Ponés la mesa hija? —le pregunta su madre.

—Camila, ¿pones la mesa?

—Yo ayudé cocinando.

—Cuatro míseras papas, pelaste.

—Dejen, lo hago yo, nomás—responde su madre.

Almuerzan en silencio, puntuado solo por el aire prendiéndose y apagándose y por la voz de alguna panelista en la tele, o algún comentario de Mirtha Legrand. Mariana no presta mucha atención, separa las papas de la ensalada y come un poco de la carne, y piensa en acostarse con un vaso de coca cola en una mano y una sábana entre las piernas.

Su mamá pregunta por Ignacio y Camila contesta que el pobrecito estaba muy cansado porque tuvo que trabajar anoche. La nota poco convencida, pero ella no dice nada y en cambio le pregunta si quiere que la sostenga a Sole para que ella pueda comer tranquila. "Calma", se repite y toma un poco de gaseosa.

Mariana lava los platos y se los pasa a Elena para secarlos. La puerta de la cocina está cerrada, pero al aire frío pasa por el espacio entre la puerta y el piso.

—Qué lindo verte así, con Sole. Se nota que te quiere mucho

—Sí, ¿verdad? Está terrible ahora.

—Y Bautista, ni te cuento. Cuando paso a visitarlo, no sabés las mañas que hace. Ya te va a tocar.

“Cuidado”, piensa Mariana.

—¿Cómo te va con la psicóloga? ¿Algún *avance* importante? Yo, viste que no tengo idea de esas cosas.

—Bien, ma—Mariana contesta pasando la esponja con fuerza contra el plato.

—Es lindo tenerte en casa, ¿sabías? Me hace acordar a cuando eras chica.

—No es la situación ideal. Pero me adapto, ¿no?

—Y con Pablo no pensás hablar más, ¿verdad?

No le da el tiempo para responder.

—Yo sé que estás enojada con él y eso te lo respeto. Pero tenían una relación tan linda los dos. Y yo te veo, yo veo como sufrís y como la pasás mal y no me parece justo que se estén haciendo esto entre los dos.

—Mamá, no entendés. No te metas.

—Bueno explícame, así entiendo.

—Un día sin discutir te pido.

—Me preocupo por vos. No sabes lo que estás haciendo.

—Voy a descolgar las sábanas.

Siguen discutiendo, caminando por el pasto y hasta con las sabanas en sus manos. Repiten el guion de siempre: que Mariana es de mecha corta, que no puede ser tan intransigente, que las cosas se hablan. Debe admitir que prefiere esto, algo obvio y explicito, por encima de esas preguntas poco discretas.

—¿Por qué no probás con cerrar un poco la boca?

—Bueno, para un poco que soy tu madre. No una de tus amigas.

En algún momento, lo hace tan rápido que no puede rastrearlo, vuelve a la cocina con las sábanas limpias hechas un ovillo en sus manos y con la discusión en pie todavía, pero ahora están los tres: Elena, Mauro y Mariana parados alrededor de la mesa. Su mamá le pide a su papá que haga algo y él solo puede decir que no sabe ni porque están peleando. Camila se fue para la pieza con los chicos, pero seguro está escuchando desde el pasillo como cuando eran chicas.

—Mariana, que carajo pasa acá. Ni lavar los platos pueden —pregunta él y el cigarrillo se le cae de la oreja y rebota en la mesa.

—Está como siempre, orgullosa y a la defensiva. No quiere reconocer que se mandó una cagada cuando dejó esa casa con el novio —dice la madre.

— No quería esa casa y menos al él. Y tampoco quería tener una bebé, pero lo iba a tener solo para ver si así podía rescatar esa relación de mierda. ¿eso querías? ¿Un nieto de parche? Decí que perdí el embarazo, agradece. Si vos querías esa vida, anda buscála. O capaz ya la tenés, felicidades, la hiciste bien mamá.

Ya se arrepiente de la mitad de las cosas que acaba decir, le duele la cabeza. Se pregunta por qué no esperó diez minutos más, por qué no le siguió el juego a su mamá como venían haciendo. Si hubiera hecho eso, ahora estaría tirada en la cama tomando gaseosa y no en la cocina al lado de los platos secos.

—¿Estás contenta ahora? —su hermana le pregunta desde la puerta abierta.

—Ahora no, Camila.

—Ahora no, las pelotas. La tenés a mamá llorando como una criatura. Sos una mujer egoísta. Las cosas no salen como vos querés, entonces decís “chau, me voy”. No te podés comprometer con nada, menos con alguien. Por eso nunca vas a entender lo que es tener una pareja, o una familia.

Por un momento, Mariana, aturdida como está, piensa que su hermana está a punto de tirarle el jarrón de harina leudante por la cabeza. Eso no pasa. Camila sale de la cocina con un portazo. Sole empieza a llorar.

Más tarde, está sentada en el patio con un vaso de coca en el pasto y un cigarrillo apagado entre las manos. Quiere pensar solamente en sus clases, en la chica de 13 años que todavía confunde el primer condicional con el segundo. Su padre sale de la cocina, se sienta sobre los escalones que bajan al pasto y le pregunta si tiene fuego.

Mariana lo mira prender el cigarrillo que tiene ubicado sobre su oreja. Le parece importante preguntarse si es el mismo cigarrillo de más temprano, o si ese ya se lo fumó en la sala y va por otro, igual que ella.

—¿Será que llueve mañana? —él pregunta.

—Capaz.

De hecho, empieza a llover a las siete de la tarde y no para hasta el lunes

al mediodía. En el medio, la luz se va dos o tres veces y Mariana se encarga de desconectar la heladera y el lavarropas.



Contrario a lo que dijo mi psicóloga, corría el riesgo de que vivir con mis padres se volviera algo permanente. Ya me lo podía imaginar, tres meses se pueden volver un año en lo que tardás en preparar un mate.

Este monoambiente me recuerda a las casas en las que vivían mis compañeros de la facultad, los que venían del interior del país. Un espacio rectangular y un patiecito donde iría un lavarropas, si tuviera uno. Pablo se quedó con el lavarropas. Tengo que ir a buscarlo, además de todas esas fotocopias y carpetas, y mi ropa de invierno. Ya estamos en mayo y apenas tengo un par de buzos y una campera que en realidad es de mamá.

Tenía que mudarme. Hubiera sido otra casa más en la cual las reglas nunca iban a ser mías, en la que tendría que haber hecho más compromisos. Me recuerdo esto cada vez que miro a mi alrededor, los pisos negros del monoambiente, los focos que cuelgan de dos cables que se mueven cuando el viento sopla, si es que sopla. Caprichosa e impulsiva. Ahí tengo mi nueva biografía para Instagram.

ORGULLO

I

—No está *tan* mal, está bueno —le dice Luchi mientras la ayuda a cambiar las sábanas de la cama de una plaza que se trajo de casa de sus padres.

—Podés decir que es feo, Luchi. Yo sé que es feo, la señora que me lo alquila sabe que es feo. Por eso también me lo alquila a nada.

—¿Era la señora que apareció con un camisón y botas de policía?

—No era un camisón, pero sí.

Una de las cosas que Mariana se prometió al mudarse fue que iba a seguir viéndolo a Luchi. Fue una de las pocas promesas que pudo mantener hasta el momento, a pesar de su horario. Las otras eran arrancar el gimnasio y resolver las cosas con su hermana. Lamenta un poco más no haber cumplido la del gimnasio.

—Podemos hacer una pizza, o comprar unas empanadas.

—Lo que te salga menos. La pizza está bien.

Luchi se queda a dormir esa noche. Lidia le pregunta tres veces si ella está bien con eso, si quiere puede pasar a buscarlo a su casa, no le cuesta nada ir hasta ahí en el auto, cerca de la estación de trenes. Mariana le asegura que no tiene problemas, que Luchi puede volverse al otro día en tren o colectivo, ella puede acompañarlo a la parada y ver que se suba al colectivo.

Eso último es algo exclusivamente para calmar a Lidia. “¿Podes hablar con él? Está cada vez más callado, ya no sé qué más hacer”. Mariana promete hacer todo lo que esté a su alcance.

Las ventanas que dan al patio se mueven con el viento, esta noche tam-

bién pronosticaron tormentas. La semana pasada, llovió y Mariana se despertó con la casa pasada de agua. Piensa en eso mientras acomoda el colchón donde Luchi va a dormir en el piso.

—¿No sentís como un olor a gas?

—Mi vieja dice lo mismo.

—Perdón.

II

Para Genaro, las cosas no podrían estar marchando mejor. Está ocupado hasta las manos en el bar, no alcanzan las mesas ni las sillas, el lugar está que desborda. Pero él se distrae una y otra vez contestándole a la chica con la que empezó a hablar por Tinder hace una semana. Está emocionado, más de lo que le gustaría admitir, y siente que esta es su noche. La chica, Estefanía, le pregunta cuándo está libre, cuándo puede pasar. Genaro le pide a su compañera que le haga el aguante y cierre el local sin él. Agradece de paso la tormenta que está armándose afuera porque de otra forma hubiera traído la bicicleta en vez del auto.

Genaro pasa a buscarla, cerca de parque Saavedra donde vive con una amiga, y la lleva hasta su casa. Empieza a llover a tres cuadras de su departamento. Ponen música y Genaro saca un par de cervezas de la heladera. Estefanía deja su campera en el respaldo del sillón y él se arremanga la remera mangas largas que lleva puesta. Le saca dos cabezas a ella, se van acercando con la mirada hasta que Genaro la besa en los labios.

Se avergüenza lo rápido que terminan en la cama. Más vergüenza le da cuando en ese momento, a todo o nada la cuestión no parece fluir. Prueban dos y tres veces hasta que él finalmente se rinde. Estefanía se pide un remis

y los dos esperan en la sala, con las botellitas de cerveza en la mesa de café.



—No estás escuchándome. O sea: listo, ya está. Fracasé como hombre hasta en eso que es lo más básico y lo más esencial para la especie.

—No creo que anoche se haya estado jugando el futuro de la humanidad, Gena. Esas cosas pasan. Por ahí estabas nervioso, por ahí la mina no te gustaba tanto.

—Eso no. Me gustaba —aclarar agarrando el faso entre sus manos.

Sabe que está exagerando, y a la vez le preocupa que lo de anoche no haya sido cosa de una vez, sino un síntoma de algo más grave. Mateo se re-friega la cara con las manos.

—¿Por qué no hablás con Mariana de esto?

—No puedo hablar de esto con ella. Primero que no la va a entender y segundo que se me va a cagar de la risa.

—¿Y con tus amigos?

—¿Qué parte de que se me van a cagar de risa no entendiste?

—Bueno, yo no sé qué más decirte.

Mateo siempre tiene un último consejo o refrán. Genaro cuenta con eso hace meses.

—¿Te pasa algo?

—Nada.

—Contáme, dale. Me tenés acá, ocupándote la casa.

—Nada. Ayer me peleé con alguien. Y me puse muy posesivo, no me gustó eso. Terminé mandándole un audio a las dos de la mañana diciéndole que vuelva para charlar y nada: me puse demasiado a la defensiva.

—Parece que tuviste un momento muy “Genaro”, en tu vida. ¿Qué pasó con la piba?

—En realidad fue con un flaco.

De repente, a Genaro le gustaría no estar hombro a hombro con Mateo en el piso de su sala. Afuera el viento salpica las ventanas del balcón. Él le devuelve el faso a Mateo.



—¿Por qué hablas bajito? —pregunta Mariana.

—Vive al lado mío, se escucha todo. Yo lo escucho a él cuando trae gente.

—Bueno claramente no estuviste escuchando bien.

—No jodas, Mariana. Aparte, siempre escuché minas.

—Gena, si él te quisiera levantar ya lo hubiera hecho. Te consiguió el trabajo en el bar. Por mucho menos ya te hubiera pedido que se la soples en un vestuario, no sé

—¿Un vestuario?

—La verdad, no sé muy bien que hacen ustedes los hombres cuando están solos.

—Mariana, no sos graciosa.

—Vos tampoco. Ahora, anda a ayudarlo a tu amigo ¿A todo esto, sigue en pie lo de mañana?

—Después de esta conversación, la verdad que tengo ganas de mandarte a la mierda.

II

Mariana hubiera preferido dejar las cosas en su lugar, en vez de andar pidiendo favores, coordinado horarios y por encima de todo, en vez de estar

escribiéndose con Pablo de nuevo. Pero necesita su ropa de invierno, sus carpetas con las notas, informes y trayectorias de sus alumnos, y el lavarropas que al fin y al cabo fue un regalo de sus padres cuando recién se mudaron juntos.

Así y todo, hubiera preferido que él se quedara con todo eso. Seguir adelante, sin importar las consecuencias, se está volviendo su *modus operandi* preferido. Al menos Genaro la acompaña en esta.

—Perdón por hacerte madrugar. Era esto, o esperar dos semanas.

—¿Quién se levanta a esta hora un domingo, se puede saber?

—Pablo, que va a almorzar a casa de sus viejos. Todos los domingos.

—¿Todos?

—Menos los domingos que íbamos a Tolosa.

Esperaba que algo le pareciera distinto, que las ventanas fueran más grandes o que el pasto del frente estuviera crecido por las lluvias. Pero la casa sigue igual, con las ventanas de las piezas cerradas, las cortinas del living abiertas. Los platos con motivos de flores deben estar escondidos aun al fondo del bajo mesada. Pablo nunca supo encontrar todo lo que ella guardaba.

—Mis cosas van en el auto. El lavarropas y el sillón van con los fleteros.

No le interesa tanto el sillón, pero ella insistió en comprarlo aquella vez. Entonces siente que está en su derecho de llevárselo, que dejarlo en la casa sería dejar una parte de ella. Una de las muchas ideas nuevas que tiene desde que empezó a escribirse con Pablo de nuevo. Después de todo, hizo lo posible para mudarse sin que fuera un espectáculo. Otra cosa en la que falló.

Si la casa está igual, Pablo es todo lo contrario. Se afeitó, se cortó el cabello a los costados, perdió peso y los pantalones que lleva puestos son nuevos. Mariana nota todos esos detalles a medida que él se acerca a abrir el portón. No sabe cómo mirarlo. Él le da la mano a Genaro primero y después se corre a un lado para dejarlos pasar. Mariana se hubiera ofendido en otro momento. Ahora, le gusta que todo esto sea burocrático, el fastidio la ayuda en apurar las cosas.

—Vos que tenés fuerzas, ayúdalos a los fleteros, Gena.

Todas sus cosas están en la piecita con olor a humedad y naftalina. Mar-

iana levanta la persiana y mira a su alrededor. La última vez que estuvo ahí, no había lugar para caminar. Ahora las bolsas y las cajas están acomodadas contra la pared. Al menos eso cambió. Las abre de a una, donde encuentra un rastro de sus cosas, arrastra la bolsa al medio de la pieza. Busca sus cuadernos y sus fotocopias. El polvo se le pega a las manos, la nariz le pica y los ojos le lagrimean. Tal vez no entre todo en el auto de Genaro, tal vez tenga que hacer dos viajes.

—¿Querés un mate, Maru? —pregunta Pablo con el termo entre los brazos.

Lo dice como si los últimos seis meses hubieran sido solo un fin de semana más después de una discusión. El mate siempre fue su rama de olivo.

—Me viene bien, estoy con un café y media barra de cereal encima.

—¿Dieta nueva?

—No, me olvidé de hacer las compras. Vos estás a dieta, mira lo flaco que estás.

—Bueno, ya no tengo a nadie que me cocine.

—Dudo que extrañes mis tartas quemadas y mis fideos con salsa. La cocina nunca fue lo mío.

—Lo tuyo era otra cosa —le dice con un guiño y una sonrisa.

—Tarado —dice ella. Pero le devuelve la sonrisa.

Le cuesta no recordarlo a Pablo como era antes, como siempre supo ser cuando recién se conocieron: la forma en la que la hacía reír, el modo en que se sentía segura con él lado. Clichés que Mariana podía ver una y otra vez en la tele, pero con Pablo entendió que el cliché existía por una razón. A todo eso tiene que sumarle cuánto extraña tener a alguien que la espere todas las noches, o que pase buscarla por el instituto.

Él le cuenta del trabajo y de sus amigos, y qué hizo en el verano. Ella resume el suyo hablando de sus clases y comenta algo sobre Luchi. El resto son detalles que prefiere guardar para mantener una distancia que ya está flaqueando en ese momento, entre tantos recuerdos. Como la primera vez que fueron juntos a la costa y fue la primera vez que planeó una vacación con un novio, o todas las noches que se quedaron pensando en viajes a Perú y a Colombia que nunca pasaron. La casa por sí sola es un monumento a su vida

en pareja. Pablo le sigue hablando y hasta la ayuda a sacar sus cosas al pasillo. Ahí, al fondo está el baño con olor a lavandina y limón.

—Vos sabés que cuando quieras todo este simulacro se puede terminar —le dice muy de cerca en el pasillo.

Pablo no cambia de tono, no se enoja. Es la misma voz que parece estar borrando todo el verano, todas las discusiones, todos los nervios.

—No te entiendo.

—No te hagas la pelotuda conmigo, Maru.

—No me digas pelotuda, Pablo.

—Venís acá con tu chongo, así como si nada. Pero los dos sabemos que la estás pasando mal. Si vos querés, yo te perdono y podemos retomar donde dejamos. Todavía estás a tiempo.

—¿Mi chongo? Pablo vos sí que no entendiste nada.

—Justamente entendí todo. Te fuiste con él y mirá como están ahora

Acá está el Pablo que dejó por noviembre con la cara empapada de transpiración y los bolsos en mano. Tal vez sea un tercer Pablo por completo, él Pablo que ella dejó todavía sabía diferenciar entre ficción y realidad.

—¿Sabés qué? ¿Querés culparme a mí? ¿Querés decirle a todo el mundo que me lo estoy cogiendo a Genaro y que soy una forra? Dale, hacelo. Capaz ahí te deje de doler un poco el orgullo. Imbécil.

Mariana baja para pedirle ayuda a Genaro con las bolsas y las cajas. Pablo se vuelve a llamar a silencio, cebando mates para él solo, siguiéndolos con la mirada. Afuera el viento sopla y los papeles en las cajas están a punto de volarse. El sofá y el lavarropas ya están en el camión.

—Feliz cumpleaños, por adelantado —Pablo le dice desde la puerta sin la calma de hace un rato.

—¿Estás bien? —Genaro pregunta cuando dan vuelta la cuadra.

—Más o menos —dice Mariana.

Rumbo al departamento, se lo ocurre que así y todo le gustaría volver a sentir que alguien la espera en casa.

CUMPLEAÑOS

I

—Mi vida, ya tenés cara de estar arrepentida —le dice Micaela después de guardar la torta en la heladera.

Decoró su departamento lo mejor que pudo. Colgó guirnaldas por todas las paredes; pegó linternas de papel al techo (una idea que sacó de un Instagram de decoración); y corrió los muebles para que la mesa quedara en el medio. Micaela trajo globos holográficos para escribir “FELIZ CUMPLEAÑOS” y “31”, además de comprarle la torta.

—No sé para qué me gasté, si apenas entran ocho personas acá.

—Podrías haber festejado en casa de tus viejos, como hacías antes.

“Antes”, piensa Mariana. Esta última semana viene trazando un montón de líneas en su cabeza para aclarar la diferencia entre antes y después, pasado y futuro.

—¿Va a venir el pibito de tu barrio? ¿o Gena?

—¿Luchi? No. Mejor que ni venga, se iba aburrir. Somos vos, mis viejos, unas amigas del colegio y una compinche del instituto. Gena labura y le dije que ni se preocupe.

—Qué privilegiada me siento.

—Solo por eso vas a ponerte a cocinar las pizzas, dale, andá.

—Maru, ¿no sentís como un olorcito a gas?



A su papá la pareció buena idea traer una conservadora con hielo y cervezas. Dos horas más tarde, Mariana está sentada en el sofá que se trajo desde la casa vieja, viendo cómo se llevan adelante en simultaneo cinco conversaciones distintas, cada tanto se mete en una y otras veces simplemente ve cómo sus amigas de tantos años se ponen al día sobre sus familias, sus parejas, sus hijos. Sus papás están charlando con Lisa sobre la importancia de los astros, o más bien Lisa está hablándoles y sus papás están ahí con la boca entreabierta y unas porciones de pizza en las manos.

—Te veo muy bien, Maru. Te veo más en tu salsa, me entendés. Te veo más vos. Más entera, más vos, entendés...—le dice sonriente su amiga Pilar.

A Mariana le molestan los pantalones tiro alto que se puso y el collar con dijes plateados le pesa en el cuello.

—Voy a ir a buscar otra cerveza, ¿vos querés, Pili?

—No, en un rato me voy, amor.

—Vuelvo y ya saco la torta, entonces.

Micaela le pregunta si se siente bien, las dos ya saben la respuesta, pero ella miente de todas formas. Sus otras amigas, Pilar, Sofía, Lisa, Carolina, Catalina, Martina y Rosario, siguen hablando entre ellas. Del baño sale su compañera del instituto, Raquel, y le repite lo bien que se ve en esos pantalones.

Mariana saca una latita entre los hielos derretidos. La luz del fluorescente blanco rebota contra el piso negro y molesta la vista. Su teléfono está vibrando en su bolsillo y no contesta. Es la misma persona desde hace una hora. Le gustaría poder apagar el celular. Le gustaría poder tirar los globos metálicos pegados a la pared.

—Sos tan fuerte, chiqui—le dice Lisa entrando a la cocina. Mariana siente la tela abrillantada de su remera rasguñando su piel cuando su amiga la abraza—. Sos tan fuerte, te lo digo siempre. Todo lo que estás pasando, yo no

podría. Pienso mucho en vos, ¿sabés? Porque vos tenés entereza—agrega de forma solemne.

—Tendríamos que juntarnos, entonces.

Lisa pasa por alto el sarcasmo y le pregunta si no va atender su teléfono.

—¿Sabés que sí? Sabés, mejor lo atiendo en el baño. Vos anda sacando la torta de la heladera.

Raquel le pregunta qué hora es. Mariana se encierra en el baño y apoya la latita de cerveza sobre la mochila del inodoro. Su teléfono vuelve a vibrar, podría tirarlo bajo la ducha y comprarse uno nuevo mañana.

—¿Qué querés Pablo?

—Te extraño, bebita. Feliz cumpleaños.

Mariana por lo menos encuentra a alguien más pasado de copas que ella.

—No me llames más, ¿entendés?

—¿Por qué? Si yo te extraño y te quiero, lo que pasó no fue nada... vos y yo. Vos y yo...

—Vos y yo nada. Cortála.

—¿Por qué? Yo sé que me extrañas, Mariana. Te haces la estúpida, pero no te sale.

—¿No ves que me hacés mal, pedazo de imbécil? Me tratás para la mierda, me decís que me estoy cogiendo a mi amigo, me decís que todo esto es mi culpa, me llamas en la única noche que quiero tener en paz. ¿Podes rajarte de mi vida de una puta vez?

Cuando termina la llamada la compostura ya la abandonó. Se limpia la cara con el papel higiénico que tiene a mano. Todo el esfuerzo para decorar el departamento, las guirnaldas, los globos, las lámparas de papel maché colgando del techo, no sirvió de nada. Sus invitados la están mirando con pena cuando sale del baño. La torta está servida en la mesa con las velitas, su mamá sostiene los platos de plástico que trajo para servir las porciones.

—¿Cantamos el feliz cumpleaños? — pregunta Mariana.

II

Lo primero que Genaro hace es abrazarla cuando sale en medias a abrirle la puerta. Mariana le dice que vino justo a tiempo porque recién arrancaba a limpiar. Primero se van los manteles y después los globos. Ella parece disfrutar arrancarlos de la pared sacando también un poco de la pintura.

Él va dejando los platos y las bandejas en la cocina. Cuando encuentra una lata de cerveza sobre la mochila del inodoro no hace preguntas. Mariana va y viene por el monoambiente, acomodando los almohadones del sofá que ocupan la mitad del lugar, alisando las sábanas de la cama y de ratos vuelve a la mesita cuadrada a prender el cigarrillo que fuma desde que Genaro llegó.

—Mica me contó lo que pasó anoche, por si querés hablar del tema—dice él y de paso aprovecha para sacarle la escoba y la pala de plástico de la mano.

Con Mariana nunca se tratar de conversar o no, más bien se trata de recordarle que se puede hablar. Una vez, cuando todavía cursaban y los únicos horarios en los que coincidían eran de noche, él le dijo que podían hablar del chico con el que estaba viéndose entonces, un estudiante de historia. Solo entonces Mariana le contó que no sabía si estar molesta porque le habían metido los cuernos a ella, o preguntarse si tenía derecho a hablar de cuernos sobre alguien al que ni siquiera le había dicho te quiero. Del mismo modo, Mariana siempre preguntó antes de hablar sobre Romina y recién ahí dio su opinión

—Sí. Ponele que mi cerebro hizo corto circuito anoche, no sé muy bien que pasó ahí.

—Estabas mal, nada raro ahí.

—Estaba en pedo.

—No son conceptos excluyentes, Maru —dice él barriendo debajo de la cama.

—Ya sé. Volverlo a ver, buscar mis cosas, se me movió todo el piso. Ya lo tenía bastante movido.

Mariana se tira sobre el sofá y mira las linternas que todavía están pegadas al techo. Genaro asiente con la cabeza y deja la escoba cerca de la puerta del baño. Lo que planea decir seguro molesta a Mariana. Traga saliva y se prepara.

—Che, no sé...pero no pensaste en juntarte con él. No te digo invitarlo acá, pero sí a un café para charlar.

—¿Qué decís?

—Digo, a él también le habrán pasado cosas viéndote, Maru. Por ahí, no sé hasta pueden...

—¿Volver?

La sola idea parece cambiar el ambiente entero del lugar, una ventana abierta casi en invierno.

—Por ahí, sí. Quien te dice —Genaro marcha adelante—. Por ahí estás forzando esto, por ahí la solución es más fácil. A ver...un poco lo entiendo a él, a los dos. Si llego a hablar con Romi, por ahí se me mete la idea de estar con ella de vuelta, por ahí charlamos y pasa... se me cruzó por la cabeza.

—Entonces, vos dirías que está bien que él me haya llamado pelotuda, o que piense que él tiene que perdonarme a mí, o que me haya dicho que seguro lo dejé porque me estoy viendo con vos en secreto. Te parece bien también que me haya llamado anoche y me haya culpado de vuelta por todo, entonces.

Genaro se recuerda a sí mismo enviando mensajes de voz a Romina a las cinco de la mañana, incapaz de acordarse siquiera dónde había dejado su auto. De todas formas, contesta casi de inmediato:

—No. Pero entiendo a lo que vas. Mira, yo sé que la estás pasando mal, yo también. Vos sabes.

—No podés comparar, Genaro. No estamos en la misma. Si vos querés, mañana levantás el teléfono y el lunes estás en la oficina de tu viejo. En dos meses seguro estás en un departamento. Si seguís enganchado con Romina, es lo de menos. Fíjate ahora, si no fuera por tus viejos no podrías ni pagarte el alquiler solo. Yo no tengo esa opción. Estamos en dos realidades distintas, te lo digo de onda.

Mariana habla en voz baja y monocorde. Si Genaro no fuera su amigo, estaría gritándole. De hecho, él hubiera preferido un buen pleito a los cuatro vientos. Así podría darle un rumbo a la bronca que siente. Mariana parece haberle leído un parte médico, algo que no puede contestar. Ahí no había nada "de onda".

—Sabés, mejor me voy.

—Sí, mejor.



Tres horas más tarde, Mateo pasa por casa de Genaro y lo encuentra metiendo carpetas, folios y papeles en una caja grande de cartón. En la mesa del living puede ver un disco duro y dos pen drives de colores fosforescentes, y los cajones del mueble están abiertos.

—¿Qué hacés? —pregunta.

—Juntando las cosas de Romina.

—Ah.



Una vez la psicóloga me preguntó porque hacía tanto énfasis en mis vínculos con Genaro y Micaela. No lo dijo de esa forma, fue mucho más sutil, entre pregunta y pregunta. Le dije que ellos dos eran los únicos que no me trataron como una muñeca de cristal (“sos tan fuerte, maru” siempre me hizo pensar en que me iba a romper) o como una inadaptada social.

Hoy me preguntó si había vuelto a hablar con él, le dije que la oportunidad nunca se presentó. Mentira. Si la oportunidad surge, no va a hacer por esfuerzo mío. No es como si no estuviera, con evaluaciones, lecciones orales y clases que armar. Ah, y como olvidar el hecho de que hace casi un mes no

tengo gas en el departamento por culpa de esa pérdida. En cambio, tengo una pared en la cocina picada, escombros por todos lados y una hornalla eléctrica cortesía de la dueña. Es difícil no pensar en esta casa como una metáfora para el resto de mi vida.

MORENA

I

Tienen reglas como no mensajearse antes de las once de la noche, no mandarse audios antes de las doce y no cruzar miradas en clases. Por supuesto, Maxi ya rompió esas reglas cuando le fue conveniente. Como la vez que se cruzaron en el baño de la escuela y Maxi salió pellizcándolo por atrás. Esa vez, volvió al salón con la cara prendida fuego, el doble de consciente sobre su cuerpo.

Luchi está en clase de educación física, mirándolo a Maxi correr por el gimnasio, más alto, más musculoso, con las mangas largas pegadas a su cuerpo. Trata de concentrarse en la lluvia que revienta contra el tinglado del gimnasio, pero es inútil. En cambio, parece que Maxi solo puede pensar en el partido de fútbol. Pega saltos antes de trotar, cuando espera en algún punto de la cancha no pestañea. Su cara en este momento le recuerda a Luchi de la vez que estaban besándose en su pieza y un ruido de la calle hizo que abrieran los ojos al mismo tiempo.

Ya no se ve con él tan seguido como antes. La última vez le dijo que, si no le “ponía onda” a las cosas, no veía por qué seguir arriesgándose. Luchi tardó cinco minutos en captar lo que significaba “ponerle onda”; para entonces Maxi ya tenía puestas las zapatillas y su estómago estaba dado vuelta.

Luchi, que en sus peores días no puede ni verse al espejo y tiene que desvestirse dentro de la ducha, no tenía respuesta en ese momento y mucho menos ahora. Esa noche se fue a dormir completamente desnudo, con una frazada encima e intentó imaginarse como sería estar con Maxi. Su estómago volvió a darse vuelta y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Dale, gordo petero—le grita Maxi al arquero.
Su voz lo trae de regreso al gimnasio.
El profesor apenas lo mira a Maxi desde su silla al costado del gimnasio.



Luchi baja del colectivo con cuidado de no echar las tres porciones de torta que Mariana le dio. “Sobró de mi cumpleaños, pero es muy grande y no quiero tirarla”, le dijo para convencerlo. Va pisando baldosas flojas, andando por debajo de las jirafas de luz del barrio. Lleva un paraguas en una mano y las porciones en la otra.

A dos cuadras de su casa, se encuentra con una escena inusual para esa hora de la noche: un patrullero con las luces encendidas. En la vereda, frente al portón de una de las casas de un piso, una mujer policía habla con los vecinos. Luchi cambia de vereda para escuchar a escondidas.

Logra entender “denuncia” y “declarar” dicho por lo bajo. De los vecinos solo recuerda haber visto a la mujer de pelo corto andando por la verdulería. Su marido, corpulento como el papá de Luchi, está de brazos cruzados y con los pies abiertos en una V invertida.

Esta noche su hermano está en casa de la novia en el centro porque los dos rinden mañana y les quedan muchas bolillas para estudiar. Luchi ayuda a poner la mesa y espera a que alguien hable del patrullero a dos cuadras de su casa a las ocho de la noche. Cuando nadie pregunta y todos están sentados frente al televisor, él deja caer como si nada lo que vio hace un rato.

—No fue nada—le dice su mamá.

—Estaba la policía—retruca Luchi.

—Hubo problemas, en la casa de Horacio y Patricia. Vos no lo conociste, pero tienen un hijo con problemas, viste. Parece que vino a pedirles ayuda con algo, y se armó quilombo. Yo llegué a casa cuando lo estaban metiendo en auto.

—¿Era el trabuco que vivía acá dos cuadras? —pregunta su papá

limpiándose con una servilleta.

—Esa palabra es espantosa, Sergio. Pero sí, era él.

—Seguro que buscaba plata. Siempre andan debiendo plata esos —su papá mueve las manos como si espantara a una mosca.

—Vos ibas con el hijo más chico de ellos a la escuelita de fútbol, ¿te acordás, Lu?

—Qué se va acordar si apenas fue dos meses.

—Gracias, pa—dice Luchi amargado.

—¿Para qué te ofendés si es verdad?

—Cuestión que al hijo más chico lo cambiaron a una privada porque en la escuela...se sabía.

—¿Y qué pasó con ella...con él...con ella?

—Se fue de la casa hace como quince años. Habrá sido un año o dos después de que nos mudamos acá. Ni me acuerdo el nombre.

—Ramiro, se llamaba—agrega su papá subiendo el volumen del televisor.

“¿Y ahora como se llama?”, Luchi quiere preguntar.

Se vuelve a acostar desnudo, salvo por las sabanas y las frazadas. Esta noche se va a dormir pensando en su nombre e intentando sentir su cuerpo. No tocándolo, pero sintiendo su peso sobre el colchón, el roce con las frazadas. En algún momento, entre dormido a los dos de la mañana, se pregunta si su cuerpo tiene bordes y donde están; y en qué lugar termina y empieza el resto del mundo.



—Si fuera una piba, ¿te gustaría más? Me podrías llamar Luciana, o Emilia. Ese nombre me gusta, ¿a vos no? Luciana es muy obvio, si me lo cambio digo.

—¿Qué? No seas imbécil y escuchame. Te estás pasando, chabón. Dejá de mirarme en clases, se nota. Lo pibes me gastaron toda la tarde con eso.

—No es un chiste. Es en serio—dice Luchi tragándose la pelota de nerv-

ios que tiene en la garganta. En otro momento se hubiera disculpado con Maxi, pero la mecha de su paciencia se vuelve más corta cada día.

—¿Luciano, que decís? Estás enfermo si te crees que sos una mina, chabón. ¿Vas a ser la traba de tu barrio ahora?

—¿Y vos qué sos, entonces? ¿El maricón que quiere estar con un puto o el enfermo que se quiere coger a un trabuco?

—Pero chupame la pija, puto de mierda. Andá nomas, te vas a morir solo y enfermo si seguís así. Tomátelas.

—No, no te vayas. Esperá —le ruega.

Maxi ya colgó.

Se sienta al fondo de su casa, con el pasto crecido por las lluvias. Tiembla porque solo tiene un buzo de algodón y una remera abajo. Todas las luces están apagadas, menos la de la cocina por donde salió. Le duelen los hombros y las piernas. En este momento, su cuerpo se siente como un traje de goma que no termina de asfixiarlo.

II

—¿La conocías? —le pregunta Luchi agarrando una factura de crema pastelera con membrillo.

—Íbamos al colegio juntas—Mariana le dice pasándole un mate con azúcar.

Lo único que Luchi le pidió fue eso: que el mate tuviera algo de azúcar. De todas formas, Mariana tenía una bolsa de facturas convenientemente guardadas en la alacena. “Anoche casi no tocó la comida”, Lidia le avisó en uno de sus informes que son la norma cada vez que Luchi pasa por su casa.

—¿Juntas? —Luchi le pone peso a la última sílaba como si recitara un

código secreto.

—*Juntas*. Sí. ¿por qué preguntas?

Luchi deja el mate en el medio de la mesa, sin contestar.

—En todo caso, fuimos un par de años, y después no la vi más. Creo que la echaron... la echaron de la casa. Te hablo de cuando íbamos a la secundaria. La primaria fuimos juntos, digo *juntas*. Era muy graciosa, siempre me invitaba a su cumpleaños, siempre hacía fiestas, con castillo inflable y disfraces. Siempre quería disfrazarse.

—¿De qué?

—De princesa —Mariana empieza y en ese momento Luchi alza las cejas como si tuviera las manos en la masa en vez de una factura de crema—. Una vez la corona que venía con el vestido no le entraba, y se ató uno de esos collares de perla por la cabeza, esos que son como elastizados

—¿Y los papás no le decían nada?

—Era un juego secreto, nos llevaba atrás de su casa y se vestía para nosotros ahí. Después en la escuela, se reían de ella. Pero los papás sabían, de toda otra forma no podía explicarse cómo caía con moretones en los brazos. Una vez te juro que lo escuché a su viejo gritando desde mi casa, habré tenido 13 o 14 años. Después no la vi más.

La conversación la está amargando, además no le agrada ver como Luchi se puso pálido escuchándola hablar. Es este el momento en el que a Mariana le vuelve un recuerdo de su tiempo como niñera: Luchi, de cinco años, entrando a la pieza de su mamá para usar una de sus camisas como peluca.

—Mejor hablamos de otra cosa... ¿Por qué preguntabas por ella igual, no? —Mariana trata de reírse, pero la risa se le atora en la garganta.

—Nada, mis viejos no querían hablar del tema. Les pregunté el nombre y casi se caen de la silla

—Cuando se vestía de princesa nos pedía que la llamemos Morena.

—¿Se llamará así todavía?

Mariana se encoge de hombros. Luchi agarra otra factura de la bolsa en el medio de la mesa.

III

Esta semana los evalúan en voleibol y básquet. La próxima clase, les toca evaluación de resistencia física. A Luchi el profesor lo mete en el equipo de Maxi. La casualidad les sienta mal a los dos.

Luchi está dispuesto a ocupar su lugar, alzar la mano cuando la pelota toque la red, asegurarse de no tocar la pelota si está fuera de la cancha y aprobar el trimestre con un siete. Maxi no está dispuesto a nada de eso y durante la primera jugada lo empuja al piso para pegarle a la pelota.

Se levanta con las manos manchadas de polvillo rojo. No dice nada, Maxi ya está de vuelta en su lugar y el profesor le dice que tenga cuidado. Javier, lo mira a Maxi con una ceja levantada del otro lado de la cancha. Retoman el partido y esta vez Luchi salta la red a tiempo y la pelota cae el medio de la cancha.

Ahora le toca ir al fondo y sacar la pelota. Lo tiene a Maxi a su derecha, su cabello mojado le tapa los ojos, pero Luchi sabe que lo está mirando de reojo y la pelota le tiembla en las manos. Apenas pasa la red y el chico que está donde estaba Javier la manda de vuelta para su lado con un toque de la mano.

—Hace algo bien, pedazo de maricón —le dice Maxi por lo bajo así el profesor no los escucha.

Luchi vuelve al medio de la cancha. Le toca el saque al otro equipo y la pelota viene en su dirección. Se prepara para golpearla y antes de que pueda alzar las manos Maxi vuelve a embestirlo contra el suelo. Siente la arenilla del pavimento raspando su cara y su hombro le arde. Nadie se acerca a darle una mano, pero cuando logra levantarse es solo para agarrarlo a Maxi del cuello de la remera.

Tienen que separarlo a Maxi entre cuatro. El profesor lo tiene a Luchi de los hombros, aunque su arrebató de valentía ya pasó. Ahora tiene miedo solo de verlo a Maxi, con la cara teñida de rojo gritando que lo suelten para poder “romperle la cara”.

El partido de básquet pasa sin inconvenientes porque el profesor los tiene entre ceja y ceja, y los amigos de Maxi lo rodean en todo momento para

que él no se desubique de nuevo. Todos miran a Luchi, la atención lo desorienta a tal punto que se tropieza más de una vez y la pelota se le escapa de las manos cada vez que se la pasan.

El partido de básquet termina con un cuatro a dos para el equipo de Maxi. El profesor los hace sentar en el piso para hablarles del progreso general en la clase y para recordarles que la semana que viene hay teórico de cuerpo, nutrición y salud.

Le tiemblan los dedos mientras cierra su mochila. Esto empeora cuando sale por el portón del patio, a la calle vacía a las tres de la tarde. El aire enfría su cuerpo transpirado y su hombro palpita. Va esquivando las baldosas levantadas y las raíces de los árboles. Pero, sobre todo, va mirando por encima de su hombro.

Los muchachos lo agarran doblando la esquina. De un tirón de la mochila vuelve al piso. Primero llega un puñetazo en el estómago, después una patada al costado, el perfume fuerte y cítrico de Maxi contra su cara. Luchi consigue arrastrarse a un costado y salir corriendo. Dobla con los talones en el piso sobre una avenida doble ancha y los pierde en un semáforo en verde. Sigue corriendo hasta que el pecho le duele y trastabilla contra una baldosa suelta.

Termina frente a una mercería con bufandas de tela en la vidriera.



Su papá antes era policía y ahora trabaja como seguridad para una empresa privada. Su papá sale a correr los fines de semana con sus amigos de la empresa y algunos ex policías. Martes jueves y viernes va al gimnasio. Su papá deja los zapatos embarrados en la puerta del baño y se pelea con su mamá por eso todas las noches.

Su papá tendría que estar trabajando aun, pero está ahí en la sala, esperándolo cuando sale de bañarse. Esto sería suficiente para preocuparlo. El silencio en la casa termina de darle a este momento una cualidad que le sienta mal en el estómago.

—Sentáte, hijo —dice su papá apagando el cigarrillo contra el cenicero que trajeron de algún viaje a Córdoba.

—Me llamaron del colegio —sigue cuando Luchi se sienta con la silla corrida a un costado, los dos cara a cara—. Me dijeron que te peleaste con un compañero, ¿me querés contar que pasó?

La pregunta le parece tramposa, si contesta entonces está admitiendo que les escondió algo y no contestar equivale a meterse en otra mentira.

—No fue nada, pa. Una pelea por un partido de vóley. Boludeces —dice pasando la mano por su pelo mojado.

No le dice que hace varios días no duerme bien y se levanta de un susto. Tampoco menciona que le cuesta dormirse del lado izquierdo porque su hombro le duele, o que a lo largo del día recibe mensajes anónimos llamándolo “puto” y “travita”. Sospecha que eso último viene únicamente de Maxi, él no sería capaz de deschavar lo suyo con el resto de sus amigos.

—Tu mamá y yo te vemos muy mal... muy desmejorado. No podés dejar que una pelea así te afecte tanto, hijo. Ya estás grande, hacéte un poco más hombrecito —le dice con algo de saña y humor.

Siguen charlando, o más bien su papá sigue hablándole sobre la escuela, sobre las amistades, que debería hacerse de más amigos y pasar menos tiempos con la hija de la vecina. También le recrimina que no piensa en él y sobre todo en su mamá, que se preocupa demasiado por él.

Le da una palmada en su hombro izquierdo antes de levantarse. El ardor se va en un momento y se queda sentado en silencio.



—Se preocuparon por vos porque te vieron mal.

Bien podría estar hablando de sus papás, pero la psicopedagoga está hablando de dos profesores que le hablaron sobre Luchi. Nunca había estado en esta oficina pintada de amarillo limón, con librerías de puertas de vidrio y

el escritorio que ocupa el resto del cubículo.

Le cuesta responder sus preguntas, cosas básicas al estilo de “tus materias favoritas”, porque anoche durmió poco. La psicopedagoga le dice que mejor se ven más de seguido.

Qué tan seguido nunca lo va a saber. A los pocos días, llaman a casa recomendando que Luchi tenga un seguimiento terapéutico fuera de clases. Las derivaciones se dan desde el colegio.

Se lo dicen el viernes en medio de la cena, cuando están levantando la mesa, en una escena muy similar a la conversación con su papá, solo que ahora su mamá forma parte de la noticia y ella agrega que es “por el bien de todos”.

Ese sábado, Mariana intenta animarlo diciéndole que ella también va a terapia y que todo el mundo está un poco mal de la cabeza a veces.

Justamente, eso es lo que más le preocupa.



Sabe que pisó el palito cuando empezó a usar palabras como “incomodidad” y “angustia”. Nunca hubiera usado la palabra “angustia” de estar frente al psicólogo, y de no saber que su papá lo espera con el auto afuera del consultorio.

Admite que algo tiene que ver con su cuerpo solo porque ya no puede dar marcha atrás y el psicólogo empieza a hablar de los cambios de la edad y las hormonas, y Luchi quiere ahorrarse una conversación que escuchó tantas otras veces y que nunca llegó a nada.

—Este cuerpo es como prestado, ¿no entendés? —dice para callarlo al psicólogo y para de paso marcarle que no sirve hacerse el amigo cómplice

Ahora seguro terminó por romper el palito.

Al otro día, cuando está en el colegio, le revisan la netbook que le regalaron hace un par de años cuando empezó la secundaria. Luchi casi siempre borra su historial, pero aun así encuentran búsquedas como “travesti” y “operación de genitales”.

IV

Mariana tiene en la mente una frase común en los encuentros de perfeccionamiento docente: “falta de herramientas”.

Lidia lo trae a Luchi por la tarde en la primera semana de vacaciones de invierno. Es la primera vez que se juntan porque entre terapia y la escuela, Luchi no podía desocuparse. Al menos, eso le dijo Lidia cuando lo dejó en la puerta de su departamento. “No sabe lo que quiere, está muy bajoneado, por ahí con vos se abre más”, le advirtió por mensaje antes de traerlo.

Si antes era difícil sacarle conversación, ahora Luchi directamente no le presta atención. Prefiere mirar por la ventana, al patiecito de cemento que está juntando agua y se olvida de tomar el maté que tiene entre las manos. Lo único que Mariana se había prometido era no forzar una conversación, pero es su última herramienta.

—¿Tu celu lo tenés a mano? ¿Podés fijarte el horario de la peli?

—Me lo sacaron. Lo puedo usar entre semana para ir a la escuela. Una mierda —le contesta Luchi sin mirarla.

“Mariana, pedazo de imbécil”, se castiga ella.

—Faltan unas horas, seguro. Lástima la lluvia, si no te decía de ir a tomar algo. Acá no podemos hacer nada.

Luchi despega la mirada del patio y mira a su alrededor, a la cama de Mariana con la ropa limpia que viene acumulando hace tres días en la cama.

—Es un quilombo, perdón—se disculpa ella.

—¿Y si te ayudo con la ropa? —pregunta Luchi.

Al menos la idea vino de Luchi, se consuela con eso. Va pasándole remeras y pantalones que Luchi sostiene con delicadeza entre sus manos antes de doblar. Está pálido y con los labios resecaos y partidos.

—¿No tenés hambre? ¿No querés tomar algo?

—No tenés que hacer eso —la corta Luchi—. Ya sé que mi vieja te habló para que hables conmigo.

Sostiene una remera blanca con bordados de crochet y brillos entre sus manos y dice:

—Si tuviera tetas podría usar esta remera y no habría problemas. Decile eso a mi mamá, a ver qué te dice. A ver qué dice el psicólogo o la psicopedagoga del colegio. A ver cómo se preocupan.

En su cabeza Mariana siente como si un juego de ollas essen hubiera caído al piso. Le aturden las ganas de tirar toda la ropa de vuelta al patio y darle un abrazo.

—Vos también seguro me vas a decir que estoy loco, o loca ¿Qué importa no? Y que tengo que “ser fuerte”—dice cuando Mariana no responde— Si no me cuido voy a terminar drogada en un psiquiátrico, o en la calle.

—No —le dice Mariana—. No te voy a decir eso. Tampoco te voy a decir que es tan fácil como ponerse tetas y usar tacones —sin herramientas Mariana improvisa lo mejor que puede—. Si yo mañana me rapo la cabeza y empiezo a usar traje, igual me van a decir que soy mujer, no pasa por la ropa y el cuerpo solamente. Seguro que las tetas y las caderas tienen que ver, pero no es todo. Si pensás en una mujer, seguro pensás en polleras y en tener hijos. Yo no uso pollera, y no sé si quiero tener hijos.

—Ni siquiera pasa por eso. No quiero ni vestidos, ni polleras, ni las tetas grandes como un flotador. Quiero que no me traten como si estuviera mal de la cabeza por querer estar bien, quiero que me crean.

Lo dice con tanto hartazgo que en vez de doblar la remera la tira a la cama como si fuera un trapo sucio. Ahora sí que Mariana no puede ni improvisar y las palabras se le juntan en el pecho, pensando también en su vecina del barrio que un día no fue más al colegio.

—Mirá, al mundo, como sea que le llames, le gusta complicar cosas que son sencillas y hacer de cuenta que las cosas difíciles son fáciles de explicar, que es así y listo. Por ignorantes, seguro, porque es fácil hacernos los tontos, porque lo que nos saca de nuestro lugar cómodo es un peligro. Pero yo a vos te creo Luchi, sin explicaciones ni nada, ¿me entendés?

Luchi dice que sí con la cabeza y no vuelven a hablar del tema hasta que les toca salir para el cine y ella le dice que espere un rato en el pasillo porque tiene que ir al baño. Mariana se apura en meter un par de las remeras que doblaron ese día y varias pulseras que ya no usa dentro de una

bolsa de plástico de regalos.

A Luchi le dice que la guarde en un lugar seguro y que esto muera acá.

Sigue improvisando y sabe que está rompiendo toda la confianza que Lidia le dio. Pero vale la pena cuando, a la salida del cine, ella pasa a buscarlo en la esquina de 7 y 49, y Luchi le guiña el ojo antes de entrar al auto.

QUINCHO

I

La casa huele a vainilla y clavo de olor desde que su madre descubrió los aceites esenciales, cuando él tenía doce años. Ese aroma le trae recuerdos, siempre que viene de visita y la casa está cerrada para mantener el calor. En esta ocasión, Genaro recuerda la vez que se sacó un cinco en Lengua de Quinto grado y su papá no le dejó salir a andar en bicicleta con sus amigos. El recuerdo es tan arbitrario como siempre, aunque esta vez a Genaro le está dando vueltas en su cabeza mientras intenta girar la sobremesa hacia otro punto de conversación que no sea Mateo.

“Veníte”, le dijo cuando sus amigos empezaron a organizar una juntada en la quinta de Gonzalo, justo en vacaciones de invierno. “Total este finde no vas a estudiar, ya te quemaste las pestañas”. La verdad es que Mateo venía haciendo de todo, incluyendo estudiar, con un desgano que era atípico en él.

Le preguntaba por “el flaco” con el que se estaba viendo y las respuestas eran monosílabos. A pesar de que no se están hablando, él sigue el consejo de Mariana y por eso intenta que su amigo tenga un fin de semana distinto.

Pero Genaro no pensó en las consecuencias de este fin de semana para el que tuvo que pedirles favores a sus compañeros de trabajo. De entrada, sus padres, a los que no veía hace un mes, se encargaron de hacerle a Mateo un cuestionario de cuarenta preguntas, desde donde vino hasta cómo se mantiene estudiando. Parecía más bien una pelea de dos contra uno, su papá y Rafa turnándose, mientras Genaro y su madre colocaban la mesa.

—¿Entonces vos qué hacías, Mateo? —vuelve a preguntar Rafa como si

ya no lo hubiera hecho mientras picaban algo en el quincho del patio.

—Artes plásticas, me pinta ser docente cuando termine.

—¿No tendrías que andar recibíndote, ya? —repregunta Rafa.

—Porque se tomó un año para viajar a conocer el sur, es increíble todo lo que vio—salta Genaro a defenderlo.

—Viajar hace bien. Siempre—agrega su madre.

Mateo se acomoda en la silla del comedor con la cara colorada, las manos en los bolsillos de su pantalón y vuelve a decir que seguro termina el profesorado este año y que no, a sus papás no les molesta seguir pasándole plata para el alquiler. Acá es donde se da un juego de miradas entre Genaro, su mamá y su papá.

—¿Entonces ahora qué? —vuelve a la carga Rafa mordiéndose las cutículas.

—Curso las materias que me faltan, preparo los finales que me quedan. En el medio si engancho un laburo, lo hago. Murales, pinturas. Lo que venga —dice hundiéndose más todavía contra el respaldó de eco cuero blanco.

Genaro los convence de que lo más importante en este momento es hablar sobre la ampliación de la casa que planean para el próximo verano. Su hermano dice que se va a la casa de su novia y se levanta de la mesa. Nadie dice nada, pero a él le llegó una advertencia por parte de su madre de que Rafa y Giselle ahora no pueden verse la cara. “Él, como siempre, de piedra”, le dijo por teléfono.

—Me cae muy bien este chico, amor —le comenta su madre de pasada, dejándolos con los platos sucios en la cocina con detalles rústicos y acabados de mármol.

Mateo le pregunta, con un plato seco entre las manos, si a su viejo le cayó “medio para el orto”. Lo dice a modo de broma y aunque Genaro entiende el chiste, de todas formas, siente que le debe una explicación, de una forma u otra.

—Nah, no le hagas caso. Es...

Está por decir que “el viejo es como es”, algo que escuchó de tíos, primos y hasta de su mamá en alguna que otra ocasión. Pero como toda frase hecha,

dice poco en realidad de quién es su papá.

—Mi viejo es un tipo que se hizo de abajo, ¿entendés? Arrancó con los almacenes de mi abuelo y terminó manejando una empresa que se mueve por toda la provincia, o sea, es groso lo que hizo. Siempre tuvo ojo para los negocios y para la política. ¿Entendés? Entonces algo menos que eso es... como un fracaso para él. Aparte, no te ofendas, pero no sos el target de amigo que traigo a casa normalmente.

—¿Qué tengo de malo?

—Arranquemos y terminemos con porque estudiás artes plásticas.

—Pedazo de gil.

—Pero es así, el viejo. Yo lo admiro por todo lo que consiguió, ¿entendés? Lo envidió un poco. Siempre la tuvo clara, él y mi hermano.

—Bueno, pero vos hacés la tuya y tan mal no te fue.

Este sería el momento para comparar donde está su vida y donde debería estar. Pero esa conversación, últimamente le deja un gusto amargo en la boca. Sobre todo, ahora que Mateo tampoco está del todo feliz con su vida. “Compañeros en la miseria”, piensa antes de preguntarle si no quiere ir a recostarse en el colchón que tiraron en su pieza.

—¿Vos no dormís?

—Nah, yo tengo aguante.

Además, Genaro estima que en diez o veinte minutos su papá va a entrar por la puerta del patio para a hablar. Una conversación que va a traerle otro tipo de amargura y que es requisito de todas sus visitas. Siendo que hace más de un mes no pisa Quilmes, espera lo peor. En el fondo sabe que traerlo a Mateo también debía funcionar como una especie de repelente contra las malas energías. La performance de su papá durante el almuerzo, terminó de pinchar esa idea.

“La próxima, le regalo cerveza si quiero hacerme el buen amigo”, se dice sentándose en el sillón de la sala, contra los almohadones

Se la pasa con el televisor en volumen bajo, haciendo zapping con el control en su mano. Los cortinales blancos dejan pasar luz por los ventanales del frente y el aguante se le va de a poco.

Cuando decide ir a buscarlo a su papá, lo encuentra en el quincho del patio, sentado sobre una de los bancos lustrados, jugando a las cartas con su mamá.

—Te dije que te estaba esperando —le dice ella tirando una carta en el medio de la mesa.

—Ya estoy con vos, hijo. Sentáte

El quincho se vuelve una oficina, y Genaro se recuerda hace tantos meses con la espalda transpirada escuchando al pelado de Recursos Humanos decir que lo suyo ya no era viable. Se sienta de piernas abiertas y espera al lado de su papá, mirando sus cartas, tratando de entender su próxima jugada.

—La seguimos después, cielo —le dice a su mamá con una sonrisa y un beso—. Andá.

—¿No va a hablar con Gena? —pregunta su mamá y se le arruga la frente manchada de pecas, con algunos mechones rubios sueltos por su cara.

—Es cosa de hombres—dice su papá como si con eso estuviera siendo terminante

La escucha salir del quincho diciendo “Dios” en voz baja y alargando la ese como un silbido.

—¿Ya renovaste el *speech* o seguimos como siempre? —tira Genaro cuando están solos. Con esto tal vez consigue sacarlo de eje a su viejo.

—Depende, ¿ya terminaste con este intento de independencia rebelde? ¿Ya te sacaste las ganas de ser un pendejo que hace lo que se le cante? —pregunta su papá arqueando las cejas mientras baraja las cartas con calma—. Es fácil, hacerte el rebelde cuando la plata te cae de arriba, ¿no? ¿Querés que te paguemos un viaje al sur como a tu amigo? ¿A eso ibas trayéndolo a casa? Dale, Genaro. Despertáte.

Vuelve a sus once años, cuando intentó esconder la libreta en el fondo de su mochila.

—Estoy haciendo todo lo que puedo —se defiende.

—¿Probaste con dejarte de joder?



—¿Estás bien? —le pregunta Mateo en su pieza sacudiendo su cabello mojado contra la toalla.

—Sí, tomá, agarrá esta campera que afuera te vas a cagar de frío con ese buzo.

Lo dice todo con desgano, arrepentido de no haberse tirado a dormir un rato como Mateo.

—Te espero en el garaje, me voy a fumar un pucho.

Afuera, su mamá está pegada al auto, vestida de la cintura para arriba con una camisa y unos collares que apuntan a una salida. De la cintura para abajo tiene puestos unos joggins y las zapatillas que usa de entre casa.

—¿Ya se van? —le pregunta dándole una pitada a su cigarrillo.

—Sí, los chicos ya están allá. Parece que están ansiosos de verme. No le digas a papá, pero me llevo un par de vinos que tenía guardados.

—Hace mucho que no los ves, te va a hacer bien. Pasála lindo.

—¿El viejo?

—Arriba, en la pieza, o en su oficina. No sé muy bien.

La madre se despega del auto y camina por el garaje arrastrando los pies.

—A veces me da una lástima tu papá...

"Acá vamos", piensa Genaro.

—...tan...hombre, ¿viste? Todo es intenso con él, nunca algo medianamente tranquilo.

—Mirá con quién hablás.

—Tu papá se pone como loco, pero vos ni le hagas caso. Está dolido porque no le hacés caso, nomas. Yo creo que un poco te respeta por eso. Yo también, ¿eh? Tu hermano es súper laborador, pero si no fuera por tu papá... mira, si no le decís qué hacer es capaz de caerse parado, tu hermano.

—¡Mamá!

—Vos y Rafa ya están grandes, Gena. Puedo hablar de ustedes como se me cante.

—No te tenía así, tan combativa, Silvina— dice Genaro cruzando los brazos con una sonrisa a modo de burla.

—Me decís Silvina de nuevo y te corto las piernas. Mamá, Mami y Mami-ta para vos, ¿me entendiste?

No le da tiempo para retrucarla, Mateo pregunta por él desde el pasillo.



Tadeo y Genaro se conocen desde primer grado, misma división hasta el último año del polimodal. Por un momento jugaron con la idea irse a estudiar juntos a La Plata, pero a su amigo le ganó el mandato del padre de estudiar en una privada de Buenos Aires. Así que el Tadeo que conoce siempre va a ser el Tadeo con el que se quedó hablando de chicas bien entrados en la adolescencia, el chico que apenas llegaban al Delta del Tigre en las vacaciones, ya se estaba tirando desnudo al agua. Siempre lo va a ver desde esa adolescencia que no terminó de cerrarse por completo.

Solo que ahora planea casarse con su novia de hace siete años; siete años en total. Gonza, Facu, Emi y Carlitos no le dejan olvidar los tres meses al año que la relación se terminaba “para siempre” durante el verano.

—¿Te vas a quedar con las ganas ahora, entonces? —Emi le pregunta golpeándolo en el hombro.

Tadeo alza las cejas y levanta las manos como un santo de la iglesia. Rompe ese gesto solemne con una risa que va contagiando a los demás. Menos a Genaro y Mateo, sentados en la punta de la mesa. Menos que todos a Mateo, resignado hace un rato a chequear su teléfono cada cinco minutos en busca de algo para hacer.

—¡Buena, monstruo! —le dice Facu tirándole un repasador por la cara.

Las ventanas del quincho están empañadas y para ser agosto se trata de una noche de primavera. Los muchachos se sacaron la remera, menos Genaro, y Mateo que anda con la campera abierta. Se arrepintió de traerlo cuando

llegaron al quincho de la quinta. Los chicos lo recibieron con abrazos y tapes en la cabeza, y su amigo se quedó ahí parado con las manos en los bolsillos.

Genaro se pregunta, con la espalda pegada a la silla de madera, qué piensa Mateo de todo ese intercambio. Le gustaría sacarse eso de la cabeza de lleno y dejar de pasarse la mano por el cuello para pegar con el ángulo justo para observar su reacción de costado. Lo poco que se ríe es por compromiso, eso se le nota.

Alguien va a lavar los platos mañana, pero él insiste en levantar la mesa con Gonzalo. Aunque le preocupa dejarlo a Mateo solo en la mesa, ahora que Emi le está preguntando por el año que estuvo de mochilero por el Sur, pescando tips de lugares para hospedarse.

Gonza y él llevan los platos al cuartito detrás del quincho donde están las heladeras y un lavatorio de metal estilo industrial.

—Che, Gena—le dice con la voz apelmazada de vino y cigarrillos—. No daba traerlo a tu amigo así de la nada, te lo digo de onda.

—Si ya sé. Perdón. Todos los amigos se volvieron para su casa y él se quedó a preparar finales. Nada, me dio lástima

—Entiendo, igual incomoda. ¿Qué onda con él?

—Es buen pibe. Me hizo el puente para conseguir el laburo en el bar —le parece el único argumento que funcionaría en este contexto.

—Sí y algo tenemos que hacer con eso, locura. No puede ser que labures de servir cerveza y maní. Vos das para mucho más que eso.

Gonzalo remata la frase dándole una palmadita suave a Genaro en la cara. El gesto más que reconfortarlo lo descoloca.

Le hubiera dicho a Gonzalo que él, manejando los bienes de la familia, sabe poco del desempleo y de presentar currículums; algo que Mateo le solucionó habiéndolo conocido solo hacía tres semanas. Pero los dos tomaron suficiente vino para dejar de estar “entonados” y solo por eso se sienta en la mesa a preguntar por los consejos que Mateo estaba dando.

La sobremesa se extiende cuando alguien arma un porro. Entre seca y seca, la conversación va cambiando hasta decantar en la vez que Gonza se levantó a una chica a la que le mostró un monoambiente en el centro; o como

Emiliano se está haciendo el difícil con una chica a la que le tiene ganas, pero no quiere engancharla tan rápido. Tadeo incluso “confiesa” que la semana pasada se escribió con una colorada y que está viendo cómo sale la cosa.

—Se entera tu mujer y te mata.

—Epa, para un poco que todavía no estamos casados.

Se doblan de la risa contra el respaldo de las sillas, Emiliano se atraganta con el humo y Gonzalo le pega tres golpes secos en la espalda. Ahora es el turno de Genaro, agarra el porro y lo tiene entre sus dedos antes de darle una seca y suelta el humo en un intento de performance misteriosa. Extiende esta escena lo más que puede, un poco para mantener su orgullo intacto otro poco para no tener que pasar vergüenza frente a Mateo y sus amigos. Los dos conceptos parecen distintos en su cabeza, de la vergüenza se vuelve, el orgullo nunca se recupera.

—Deja de hacerte el pavo y habla— corta la escena Tadeo.

—Estos dos, seguro se la comen entre ellos—tira Gonzalo

Estallan de risa y Genaro se ríe para mantener las apariencias, pero en el medio lo mira a Gonzalo queriendo decirle: “dale flaco, ¿era necesario?”. Gonzalo junta los hombros y se vuelve a sentar. Ahora lo que está en juego es su orgullo.

—Bueno, que no se digan mentiras en esta mesa—Genaro arranca pasándole el porro a su amigo. Se prepara tomándose lo que le queda de vino en la copa, que ya está picado—. Ustedes se cagan de risa conmigo en el bar, pero la otra noche me levanté a una mina que no saben cómo estaba, casi se me tira por encima de la barra con las tetas en la cara...

Es una versión trastocada y edulcorada de su encuentro por Tinder con Estefanía. En esta versión de la historia, Genaro rinde dos polvos excelentes y Estefanía no se niega a nada en absoluto. Al final de la historia, él le paga un Uber para que vuelva a su casa y se va a dormir como un campeón entre las sábanas. Sus amigos lo festejan, Emiliano le dice “buena, animal” y Tadeo finge solemnidad de nuevo cuando se levanta a darle un aplauso.

Su orgullo está restaurado, pero la vergüenza de tenerlo a Mateo ahí al lado pasándole el porro a Carlitos del otro lado de la mesa, eso es algo que va a tener que manejar después.



—Me cayeron...bien.

Le causa gracia ese intento de respuesta honesta que termina con su voz aflautándose al final.

—Sos pésimo mintiendo, Matu. Quedáte con tus ilustraciones y tus acuarelas, amigo.

—Bueno, no todos podemos inventar dos polvos que dejan a una mina casi rogando por quedarse a dormir en casa. Capaz lo tuyo sea la novela romántica, no sé.

—Pedazo de gil.

No lo toma con malicia. De hecho, se ríe un poco de sus ganas de tener algo para inflar el pecho de nuevo, real o inventado. Salen del empedrado de la quinta al asfalto de la ruta y Mateo juega con la radio hasta encontrar una estación que pasa instrumentales de electrónica genérica. La banda sonora perfecta para una noche sin ganadores.

Al otro día, cuando se despide de sus padres y Mateo les agradece por la comida y el aguante, Genaro se disculpa por haberlo traído. Él le asegura que no hace falta, pero le pregunta, cargando su mochila en el asiento trasero del auto:

—¿Decime si no te sentís un poco más ridículo que hace un par de noches?

A Genaro se le afloja la boca. Recién va a poder contestarle sobre la autopista rumbo a La Plata, acomodándose los lentes de sol:

—Lo peor de todo es que desperdielé un franco cuando podría haberme quedado en casa mirando una serie.

Al orgullo y la vergüenza parece haberlos dejado allá en Quilmes, un parte en la Quinta de Gonzalo, otra parte en la entrada de sus viejos.

Capaz todo es bastante ridículo.

APART HOTEL

I

El bar tiene un nombre que en celta significa tierra. Podría pasar por cualquier otro bar en la ciudad, con detalles rústicos y lámparas colgantes que llegan a la altura de la frente de cualquier persona de estatura promedio. Pero este es el bar al que la cita de Mariana insistió en traerla.

Dani, el profesor de historia, es la clase de hombre que le hubiera despertado interés hace unos años. La cita es la clase de situación que ella, en tiempos de Pablo, agradecía con aires de superioridad no tener que volver a atravesar. Pero Dani, insistente incluso cuando Pablo figuraba en la escena, termino convenciéndola de hacer algo. Culpa a Micaela que le dijo “probá a ver qué pasa”.

Pocas veces Mariana sintió tantas ganas de agarrar su cartera y tomarse un remis hacia la nada misma. Se consuela bajando la mitad de la pinta que tiene en la mesa.

—Apa, como viene la cosa, che. No sé si puedo seguir el ritmo —dice Dani con un intento de sonrisa pícara.

—Qué goma que sos, por favor—se le escapa a Mariana.

—¿Cómo?

—Que si solo sos vos. Si sos hijo único.

—Sí, ¿cómo supiste? —Dani sonrío de contento.

“Buen salve, Mariana Acevedo”, se felicita.

—Me lo habrás dicho en algún momento. Dicen que los hijos únicos quieren mucho más a sus padres. Lo leí en alguna revista.

—Aja, me estuviste prestando atención —dice él con el pecho inflado—. Mis viejos son mi modelo a seguir. Busco eso viste, una piba para armar algo serio, una familia, ¿entendés?

—¿No tenías novia?

—Ah sí, Sofía. Bueno, ja. Pero mirá cómo me hacés recalcular vos, loquita—dice Dani.

Mariana sospecha que donde dijo loquita le hubiera gustado usar la palabra “pelotuda”. Y Daniel sigue:

—¿Por qué se te ocurre traer a mi ex en todo esto?

—Porque quiero saber si todo esto es legal —dice corriendo su pelo hacia atrás.

Se siente obligada a seguirle el juego coqueto porque él pagó la primera ronda.

—Me gustás, mucho Maru. Desde que te conozco, y ese flaco con el que estabas era un imbécil. Te hacía falta alguien posta, un hombre en serio, vos sabés.

—¿Alguien como vos?

—Digamos que proyectos no me faltan.

“Goma y agrandado”, piensa.

—¿Cómo, por ejemplo?

—Tener mi casa, lo mío. Hacerme de cero.

—¿Y ahora dónde estás viviendo? —pregunta interesada por primera vez en la noche.

Daniel responde solo después de hacer una mueca con la boca, como si lo hubieran pisado.

—Al fondo de la casa de mis viejos. Pero es temporal, eh. Es como una casa aparte, para mí solo. Como un apart hotel, por así decir.

Le gustaría explicarle el significado de un apart hotel, o decirle que no hay nada de malo en vivir con sus padres. En otro momento hubiera simpatizado con él. Toda la noche parece haber sido arruinada de antemano, tal

vez desde el momento que le dijo que sí afuera de la sala de profesores. En algún tiempo pasado, un profesor de historia con abundancia de proyectos le hubiera interesado lo suficiente para preguntarle por cada una de esas metas por cumplir. Hasta le hubiera dicho, a modo de ofrenda, que a ella a veces le cuesta siquiera pensar en qué ponerse a la mañana.

Ahora piensa en fingir un dolor de cabeza, y volver a su casa. Que alguien más haga el papel de coqueta por ella.

Él le dice que no se vaya, que pueden ir caminando hasta un lugar donde se baila salsa toda la noche, capaz eso le gusta, y pasa su mano por encima de su rodilla como si estuviera haciéndole un mimo. Mariana agarra su bolso de la barra y deja algo de plata para la propina del mozo. Se despide con una palmada sobre el hombro de Daniel antes de salir.

Se hubiera quedado en casa con sus problemas, pasando trapo a los pisos y escuchando música con una copa de vino a mano. Con esta salida quería olvidarse de sus problemas y el profesor logró incomodarla en una hora con veinte minutos.

La diagonal en la que está ahora la dejaría a cuatro cuadras de su casa, pero se detiene frente a un grafiti que dice "Perón vive". Volver al departamento es quedarse toda la noche dando vueltas en la cama. Podría ir a lo de Micaela, pero ya es suficiente con estar ahí todas las noches para bañarse. Son pocos los números que tiene en mente.

—¡Negra! ¿Cómo andas?

Es la primera vez que habla con Genaro desde su cumpleaños. Otra instancia en la que un hombre en su vida parece haber borrado partes clave de su relación con ella.



Los tres meses también se le borran a Mariana cuando Genaro casi la levanta del suelo con un abrazo. Le da una copa de vino y el sillón para ella

sola. Él y Mateo se sientan en el piso contra el mueble del televisor. Los dos en medias y con una copa entre las piernas, mirando la representación de Mariana sobre su cita fallida.

—¡Apart hotel tiró el muchacho! —grita agarrando la copa de vino desde su lugar en fila india en el sofá —Encima no paraba de sonreírse. Dios, casi le emboco una piña cuando me puso la mano en la pierna. No sé si fue tan malo o yo lo exageré, pero no recordaba que salir con flacos fuera tan...

—¿Cansador? —sugiere Mateo.

—¡Sí!

—Así como lo contás, más que un lugar para bailar salsa tenía ganas de llevarte a casa de sus viejos —le dice Genaro.

—Sí, y meterme en un freezer.

—Ah, pero un freezer en un apart hotel, qué nivel—dice Mateo.

Los tres estallan de risa y Mariana teme derramar vino en los almohadones del sofá.

—Qué espanto toda esta conversación—dice secándose una lágrima entre risas.

Más tarde, ella deja las copas en la cocina con Genaro a su lado. Mateo se fue a dormir un rato a la pieza y ella tiene la intención de preguntar por qué no está en su casa. Pero la idea en sí no le parece fuera de lugar y su interés en el tema muere ahí. Algo similar le pasó cuando Genaro le dijo que estaba ahí y no el trabajo. En cambio, él le pregunta sobre su vida y ella se larga a hablar sobre Luchi. De a poco van bajando el tono hasta quedarse entre murmullos, sentados de vuelta en la sala con dos tazas de café.

—¿Está bien, entonces?

—No sabría, decirte. Lo veo muy poco últimamente. Pero contáme de vos, ya bastante te arruiné la noche.

—Nah. Igual, tenía libre porque una compañera me pidió cambiar los días justo. Todo igual, el trabajo, pasando el rato con Matu. Buscando casa, en eso me podés ayudar vos.

—Pero te encanta este departamento.

—Sí, pero ya no me lo puedo pagar. Además, me hubiera mudado igual.

Digo, si seguía con Romina.

—Gena...

—No lo digo de esa forma. Lo que digo es que las cosas cambian. Los planes cambian también.

—Pero mira vos, che—dice ella dejando su taza en la mesa—. Por fin se te pegó un poco de Mateo.

—Sí, algo así. Ya que estamos, te quería pedir disculpas por lo de Pablo. No era mi lugar.

—Si vamos al caso, yo también me metí en algo que no era mi lugar. Digamos que ninguno de los dos sabe expresar muy bien nuestro amor y preocupación. Aparte, no tengo ganas de pelear con nadie ya. Siento que vengo peleando con medio mundo.

Genaro insiste en que se quede a dormir, en la cama o en el sofá. Lo manda a Mateo a dormir en su casa. En el medio, comenta algo sobre pinturas y secantes que apestaron el departamento de Mateo. Como explicación a una pregunta que no le importó hacer, a ella le parece bien.

Se despierta a la mañana escuchando tijeras. Mira por el balcón, donde Genaro está sentado con una toalla en los hombros y Mateo se mueve por detrás con un par de tijeras y un peine.

—Así que artista plástico y peluquero —dice abriendo la ventana corrediza.

—Gena quería ahorrar plata y yo tenía las cosas a mano. Guarda, si te movés te voy a rebanar la oreja.

—Otra anécdota para mi novela —se ríe Genaro.

—¿Tu novela?

—Chiste interno, nada.

—Me voy un par de meses y ya tienen chistes internos, ¿preparo un mate o algo?

Desde el pasaplato de la cocina, con las manos entre el termo y el mate, Mariana lo ve a Mateo rebajándole el cabello a Genaro. Tal vez, él tenía razón en lo de anoche: las cosas cambian.

PARADA

I

La nariz le pica con el olor a cigarrillos, marihuana y cerveza tirada en vasos de plástico todo junto en el aire, a pesar de que están en el patio de la casa cultural. El lugar está apenas iluminado al fondo por las velas dentro de envases de mermelada sobre las mesas. En la otra punta del patio los integrantes de la banda miran a los costados hacia los amplificadores, el sonido va y viene de a ratos. Genaro bosteza y se toma el ultimo resto de cerveza que le queda. Mateo se le acerca y le dice que pueden irse cuando terminen de tocar.

—Siempre terminan con este tema.

En realidad, la banda hace un cierre con dos canciones más, pero a Genaro no le molesta. Si no estuviera tan cansado, no le parecería mala idea quedarse un rato más, pero Mateo insistió en buscarlo en el bar a las dos de la mañana y traerlo a escuchar esta banda cuyo nombre es un juego de palabras que incita a la rebeldía y al descontrol. El baterista y el cantante son amigos de Matu y de todas formas era la primera vez que lo veía un poco más entusiasmado después de Ramiro. Solo hasta hace unas semanas seguía siendo “este flaco del que te hablo”, y ahora que por fin habían terminado podía decir su nombre.

“Si siguen haciendo cado uno la suya y no blanquean que pasa entre ustedes, los dos se van a volver locos”, le dijo Genaro en un momento de sabiduría que tomó por sorpresa a los dos.

—Te podés quedar. Yo me tomo un bondi y estoy —sugiere él gritando por encima de la música.

—Nah, si sigo de largo mañana me levanto a las siete de la tarde.

—Igual te va a pasar eso —le contesta Genaro aguantándose otro bostezo.

Cuando salen sobre un diagonal cerca de calle 1, el viento les golpea de frente en la cara, caminando hasta la parada con las manos en los buzos. En otro momento, Genaro se hubiera quejado del clima, pero así y todo agradece ese corte en la rutina. De todas formas, a esta hora seguiría dando vueltas en su cama porque los viernes siempre lo dejan aturdido en el trabajo. Hace poco hizo una especie de paz con la idea del bar y su trabajo como sinónimos por el momento, y que en efecto él no estaba desempleado.

Se sientan sobre los bancos de madera en la parada, entre hojas secas y al lado de un basurero que rebalsa de panfletos y servilletas sucias. Genaro se prende a los costados de su abrigo y junta los pies en línea recta contra las baldosas partidas de la calle. De algún lugar, viene un olor ácido no muy distinto al tabaco armado que fuma Mateo. De paso que lo tiene ahí al lado, se recuesta contra su cuerpo.

—Avísame cuando pase el bondi.

—Dale. La próxima te traigo una manta así dormís mejor.

—Un día de estos te voy a meter un tape tan fuerte que te voy reacomodar el cerebro.

El viento se mete por el espacio entre las medias cortas que se trajo puestas y el dobladillo del pantalón. Genaro cabecea entre dormido con la idea de juntar ropa para lavar cuando se despierte en su casa.

Escucha voces a lo lejos, risas y barullos que están dando vuelta la cuadra. Mateo sacude sus hombros para despertarlo.

—¡Ey, miren a los putos en la parada!

Genaro ya está despierto cuando los están tirando contra el pavimento.

II

Mariana se despierta aturdida y enfurecida. El despertador no tendría que sonar hasta dentro de una hora, en ese momento se acuerda que los domingos son el único día que no pone despertador y que la música que la está aturdiendo no es su alarma habitual, sino la de una llamada entrante. Cuarenta minutos después, está en la guardia del Hospital San Martín. La mitad de ese tiempo esperó un taxi en el pasillo del edificio.

Mateo le preguntó por teléfono si podía venir, que la familia de Genaro estaba en camino, pero necesitaba alguien que le hiciera compañía. Lo encuentra en una camilla con un moretón en el ojo y una costra de sangre en la punta de la cara. Mariana lo abraza y le pregunta por instinto si está bien. Mateo habla desesperado y la luz fluorescente del hospital resalta aún más su cara enrojecida.

—En la parada, nos agarraron un grupo de pibes. Se tiraron encima nuestro y Gena se quiso defender y nos agarraron entre los cuatro y nos tiraron al piso, a las patadas. Zafamos de ahí...y uno de los pibes le pegó con un cascote atrás de la cabeza.

—Dios... ¿y que hicieron? —pregunta helada.

—Una vecina del barrio abrió la ventana y nos vio, bajó a ayudarme con Gena. Fue espantoso, Maru. Le sangró la cabeza —termina de explicar Mateo y al final respira profundo para recomponerse.

—¿Y Gena?

—Lo durmieron. No me dijeron mucho, pero está estable y lo van a tener en observación hasta que le puedan hacer una resonancia y ver que no haya nada grave. Perdón, pero cuando me preguntaron a quién llamar, los viejos ya están en camino, pero hasta que lleguen...

—Hiciste bien, voy a buscar un café, ¿quierés algo?



Mariana espera en los pasillos del hospital, haciéndole compañía a los padres de Genaro que llegaron a las ocho de la mañana en el auto. Logró convencer a Mateo de que fuera descansar y le pagó un remis hasta su casa.

Genaro se levanta por la tarde, cuando su mamá necesitaba un cigarrillo y su papá está en su departamento viendo que las cosas estén en orden para cuando le den el alta. Desde la silla a un costado del cuarto, Mariana lo ve moverse de a poco con su cabeza vendada y los ojos hinchados.

—No puede ser que te dejo salir una noche solo y te metes en quilombos —dice Mariana.

—Dale, pégame ahora que no puedo defenderme— apenas mueve los labios y lo poco que sale suena seco como una hoja de papel, pero al menos está sonriendo.

Mariana se acerca a la camilla y le da un apretón de manos ahí donde está destapado todavía.

—¿Y Matu? —pregunta Genaro tratando de mirar a los costados, apenas se percata que la cabeza la tiene envuelta en vendajes.

—Lo convencí de que vaya a su departamento a descansar.

—Decile a Matu que estoy bien, seguro está caminado por los techos.

III

Cuatro días después, un jueves por la tarde, corrigiendo exámenes escritos y usando una taza de café como pisapapeles en el *coffee room* del in-

stituto, Mariana recibe un mensaje de su hermana. Al principio no le presta atención y se convence de que es una de esas cadenas que Camila envía a todos sus contactos sin discriminar. Pero las notificaciones de su teléfono se repiten dos y tres veces más, hasta que Mariana quita la vista del cuento sobre una casa embrujada que mandó a escribir a sus alumnos de Tercer Año.

“Maru, necesito charlar de algo con vos”

“No es nada”

“Pero es urgente”

“Cuando puedas avísame”

Nada urgente, la frase le suena a alguien que mete la pata e intenta dar marcha atrás en simultáneo. Es la primera vez desde el cumpleaños de su madre en julio que se comunicaron específicamente entre ellas. Es el primer mensaje en meses en el que vuelve a ser “Maru”, en vez de Mariana a secas. Se le ocurre postergar la respuesta hasta volver a su departamento y abrir la botella de vino que encontró barata en el chino del barrio, pero las ganas de volver a ser “Maru” pesan más.

Quedan en juntarse en su casa, el próximo sábado a la tarde. Sospecha algo cuando Camila pide una hora exacta, pero al poco tiempo está concentrada en uno de los cuentos en los que la casa es “*very scary*” y “*very cold*”.



—Lo quiero dejar a Ignacio.

Nueve meses después, Mariana tiene la respuesta a cómo suena decir eso en voz alta: denso, pesado y como si estuviera hablando con mezcla de bizcochuelo en la boca.

—Para, ¿cómo? —atina a preguntar Mariana.

Camila respira profundo y junta las manos sobre sus piernas cruzadas, igual que su madre y vuelve a decir:

—Estoy pensando en dejarlo a Ignacio, ¿está bien?

—Está bien —Mariana agarra los cigarrillos de la mesa—. ¿Querés?

—No, hace tanto que dejé, sería bastante estúpido... bueno, dale.

Las dos se quedan fumando pitadas en silencio, midiéndose cada una de su lado de la mesa que ya no se mueve porque Mariana se hartó y pegó un pedazo de cartón bajo una de las patas. Lo único que interrumpe el silencio es el lavarropas pasando a centrifugado

—¿Vos cómo supiste? ¿Cómo supiste qué querías dejarlo a Pablo? — pregunta varios minutos después

—¿Te acordás esa pelea con mamá, en el verano?

—Sí, obvio que me acuerdo.

—Bueno, esa es la versión larga y la versión corta, todo junto.

—Entiendo.

Mariana no cree que eso sea cierto.

Las colillas de cigarrillo quedan en el cenicero. Camila habla en un monólogo circular, como si estuviera tratando de convencerla a ella de dejar a su pareja. Habla de Ignacio en tiempo pasado: "siempre fue testarudo", "yo también tenía mi carácter". El presente a veces se le escapa en frases como "es muy leal, ¿entendés?".

—No, la verdad que no entiendo, Cami.

—Es que con vos es distinto, siempre fue distinto con vos —dice Camila y su hermana no sabe si lo dice con lastima o con rencor.

—Cami, hace no mucho tiempo me mandaste a la mierda. Me mandaste a la mierda y me dijiste egoísta, me dijiste que nunca iba a entender lo que era tener familia, o una pareja o un compromiso. Entonces quiere entender, en serio, cómo y porqué llegaste hasta acá.

—Vos siempre hiciste las cosas bien: terminar la facultad, ligar laburo al toque, conseguirte una casa en el centro, suegros con plata, vacaciones en la costa. Siempre hiciste todo bien, incluso esto, esta casa. Hasta separarte te salió bien, ¿Cómo hiciste?

—No podés tener envidia de esta casa sin gas que encima le entra agua por la ventana cada vez que llueve. No cambies de tema, Camila.

—Es así como las cosas tienen que ser, me imagino. Me preocupan los

chicos, Bauti no va a entender nada. ¿Vos como supiste? Igual con vos es distinto. Vos no tenés hijos, no querías tener hijos tampoco.

Mariana evita ponerse a la defensiva y piensa muy bien en lo que va a decir ahora. Camila la está mirando no como alguien acusándola de adulterio o de ser egoísta como hace varios meses. En realidad, parece buscar una excusa para dar vuelta todo lo que dijo hace unos minutos. Para que el tiempo pasado que usó hablando de Ignacio vuelva a ser un presente permanente.

—Nunca dije eso. No sé si los quiero...no sé si no los quiero. Pero sabía que no los quería tener con Pablo.

Y para sorpresa de Mariana, esta vez no siente sus palabras improvisadas.

Camila cruza los brazos y mira por la ventana, mordiéndose la parte inferior de los labios mientras agita los pies abajo de la mesa.

—La otra vez me dijo que era una mierda, ¿sabías? No obvio que no sabés, si te lo estoy contando recién. Me dijo que era una mierda y una puta, que estaba cansado de mí porque era una malagradecida. Yo con los chicos y el laburo, me estalla la cabeza y él no hace nada no ayuda, pero el problema soy yo. Esto pasó en la pieza, y cuando me paré frente la puerta, no quería dejarlo con la última palabra obvio, me agarró bien fuerte de los hombros y me tiró contra la cama. Salió no sé a dónde, pero volvió tomado y se durmió en el sillón.

—Ya está, lo tenés que dejar.

—Pero no puedo, ¿entendés? Se lo dije: “te voy a dejar”. Él me dijo que se los va a llevar, a los dos, ¿entendés? Me los va a sacar, no los voy a ver más. No puedo dejarlo.

—Cami, pensálo. Si sabe que lo querés dejar, ya se los hubiera llevado si fuera por eso. Lo primero que tenés que hacer es salir de ahí.

Camila asiente con la cabeza y con los brazos cruzados todavía sobre su pecho.

—En serio es un departamento de cuarta, no lo había visto.

—Sí, una mierda.



Una vez con Pablo, íbamos a visitar a una pareja de amigos que vivían no muy lejos de donde terminamos mudándonos ese año. Era verano y los dos estábamos transpirando. Si mal no recuerdo, esa mañana habíamos discutido. No me acuerdo porqué y esta altura ya no me interesa.

El punto es que en el camino nos encontramos con algo extraño en 2 y 43. Dos chicas en medio de la calle, gritándole a un chico del otro lado de la vereda. El chico quería taparse de los golpes que otra chica le estaba dando. Las chicas en el medio de la calle le decían a su amiga que lo dejara y se viniera con ellas. No sé si eran sus amigas, capaz se cruzaron con ella en ese momento igual que nosotros y querían ayudar. Le dije a Pablo que mejor nos quedábamos a ver qué pasaba. Él no quiso.

A mitad de cuadra, me detuve para ver como el muchacho hacía un gesto y doblaba por la cuadra. La chica que lo estaba pegando en el pecho, se quedó quieta un momento en la vereda y después salió corriendo detrás del muchacho. En la calle, las otras dos chicas se acercaron a la vereda y se dieron un abrazo.

Cuando le pregunté a Pablo por qué no quiso parar él me dijo: "cada pareja es un mundo, y cada uno sabe cómo manejarse".

Yo le di la razón.

Si me llegan a decir lo mismo hoy, les diría que están equivocados.

NINERA

I

Espera a que todos duerman en la casa y que el olor a café se enfríe en la sala para meterse en el baño con la bolsa de plástico de regalo que Mariana le dio en julio. La guarda debajo del ropero, ahí donde no llega la escoba. Se viste con el top blanco y junta su cabello con la colita que era de su abuela, y se pone algo de rubor que robó de la mochila de una compañera. Se mira al espejo y dice "ahí estoy yo". Se sonríe sin muchas ganas, porque se trata de una pequeña victoria vacía.

Le permiten muy poco estos días. Su papá decidió que "esa chica que lo cuidaba antes" ya no era de confianza y su mamá optó por no contradecirlo. Hay planes en el aire, algunos no tienen sentido, otros le dan miedo de lo probable que suenan. "Qué vamos a hacer si...". Empiezan de ese modo, con el olor a café recién batido que va desde la sala hasta el pasillo. Luchi escucha pegado a la puerta de su pieza.

"Vos estás mucho mejor, te veo así más entero, ¿se entiende?", le dijo su terapeuta en la última sesión. Luchi repite esa frase mirándose al espejo, dando vueltas para un lado y para el otro soltándose el pelo y volviendo a atarlo como si de esa forma fuera a destrabar algo dentro suyo. Piensa en mil cosas que le podría haber dicho a Marcos, pero esos bocadillos se pierden en el trance que son las sesiones semanales en el consultorio. Hay victorias vacías y pérdidas sin sentido.



La abuela Amelia lo recibe con el mantel en la mesa, con galletitas y tostadas y con una taza de café con leche. Desde que no la dejan verla a Mariana, le permiten visitar a la abuela para hacer la tarea. Lo que más aprecia de todo esto, es que después de servirle el café la abuela junta sus cosas y se mete en su pieza a mirar la tele. “Lo que debe cansar que te estén mirando todo el tiempo, seguro querés tiempo para vos, nomás”, le dice tapándose el cuerpo con una chalina liviana.

Se queda con el televisor de la sala prendido en algún noticiero que la abuela estaba mirando. A veces se entretiene mirando los cristaleros que llegan hasta el techo, llenos de platos de diseño con flores y hojas verdes en los bordes, los pisos negros siempre encerados y los portarretratos de madera sobre la mesa con el mantel de crochet. “Un día de estos, voy a vender todo, me voy cansar y me voy a ir a la mierda. Pero no le digas a tu mamá o a tus tías, que ya en vida se están peleando por esta casa”, le dijo.

En lo de la abuela también puede usar la conexión de banda ancha que alguna de sus tías mandó a instalar ese año. Más de una vez buscó fotos de Maxi en su Instagram, evitando entrar a sus historias para que no supiera que estuvo ahí. No hay señales de Sofía, así como nunca hubo señales de su persona en las redes de Maxi.

Fernando pasa a buscarlo con el auto. Son las nueve de la noche, pero en la casa de Tolosa no hay olor a comida recalentada, el televisor no está encendido y sus papás esperan en la mesa, con las sillas apuntando a la puerta. Su hermano se percata de que algo va a pasar y sale disparado hacia el patio.

En la mesa hay una bolsa de plástico de regalo. Luchi traga saliva.



—¿De dónde sacaste esta ropa? —pregunta su mamá.

—La encontré en la calle —miente Luchi.

—Seguro se la dio la desquiciada de tu mamá. Pero esto se termina acá, ¿me escuchaste?

—¡No! La encontré yo, es mía. ¿Qué les pasa que no entienden? No soy un chabón, no soy un pibe. Soy una mina, ¿qué parte de eso no entienden? No estoy mejor, cada vez me siento peor y es culpa de ustedes —se los grita con furia y hasta algo de gusto. Ya no es, y jamás podrá volver a ser, una charla de café y sobremesa entre ellos dos.

De repente, su papá lo está aplastando con sus manos sobre los hombros y a Luchi le duele ahí donde las uñas le están clavando por encima de la remera. Lo empuja con fuerza suficiente para echarlo contra la mesa; de ahí en más toda la escena se vuelve confusa. Su papá lo tiene contra la pared, en el medio está su mamá, intentando separarlos.

Luego, su mamá está tirada en el piso y Luchi intenta patearlo a su viejo con fuerza bruta y bronca acumulada. Fernando entra por la cocina y ahora lo tiene a su viejo contra la mesa, gritando “que carajos hiciste”. A Luchi le duele la garganta y le tiemblan las piernas.

Se esconde en su pieza. Ya no es parte de la discusión, pero la escucha yendo y viniendo por todos lados, retumbando por las paredes. Imagina lo que está pasando como si estuviera viendo una obra de teatro. No duerme esa noche, escucha los portazos en el frente de la casa y al fondo donde duermen sus padres.

La remera blanca y las pulseras, ¿estarán todavía arriba de la mesa junto con la bolsa de regalo y el rubor?

II

Mariana cuelga la ropa del tender en el patiecito de cemento al fondo de su casa mientras tiene el celular pegado entre su cabeza y su hombro.

—Sí, está complicada la cosa. Pero tu hermana no quiere, yo le insisto, pero es el padre de los nenes.

—Bueno, seguí insistiéndole, mamá. No confío en que se haga el buenito preguntándole cosas todos los días. Menos ahora que está en casa con ustedes.

—Con vos no fue así, Maru, ¿verdad? —pregunta su madre. La culpa golpea del otro lado de la llamada.

—No, ma, no fue igual con Pablo—la tranquiliza mientras intenta colgar una sábana a fuerza de estirones—.Escucháme, te llamo esta noche cuando salga del instituto, ¿dale?

Entre que se prepara algo para comer y se cruza de piernas en el sillón del otro lado del monoambiente, Mariana pierde una hora de tiempo. Anoche durmió mal porque discutió con la dueña del departamento, preguntándole una vez más cuando pretendía solucionarle el tema del gas. “Estoy pagando por una casa que no tiene gas, Ofelia”, le recriminó, pero la dueña se lavó las manos culpándolo al gasista.

Mariana ya está considerando volver a mudarse con el aguinaldo de junio que guardó en caso de que algo pasara. Comienza a evaluar los pros y los contras de esta idea, la idea de una casa medianamente más cómoda, la idea de una conexión de gas más o menos libre de problemas, la idea de tener un patio con algo de verde para plantar especias o colocar un juego de sillas afuera.

Son detalles que hace un tiempo no piensa, al menos no desde la última vez que tuvo un patio con verde genuino. Se volvió tema recurrente, ahora que Genaro le pidió ayuda para buscar casa. Su contrato termina en octubre y él quiere “algo que no me arranque la cabeza, sin expensas y con ascensor si se puede”. Mariana disfrutó en decirle que era más fácil encontrar un unicornio, antes que un departamento con ascensor y sin expensas.

Está por dejar los platos sucios en la cocina, cuando la llaman. Atiende secándose las manos con una servilleta sin prestar atención al número.

—Mariana, ¿está ahí? ¿me escuchas?

—Lidia, ¿Qué pasó?

—Luciano. No está. Se fue. Desde anoche que no lo vemos. No sabemos dónde está. Su celular da apagado. ¿Está con vos? Decime que está con vos.

—Conmigo no está, Lidia. ¿Qué pasó?

—¿Estás segura?

—¿Qué si estoy segura de que no está metido en mi casa? Obvio que estoy segura, ¿qué pregunta es esa?

Lidia cuelga en medio de varios insultos. El celular de Luchi da apagado cuando ella intenta llamarlo. ¿Debería volver a llamar a Lidia? ¿Tendría que juntar sus cosas e ir hasta el barrio a ver cómo puede ayudar? Con cada pregunta va armando su cartera, inconsciente de que en realidad se está alistando para ir a dar clases, cuando le tocan el timbre y ella sale al pasillo a mirar por la puerta de vidrio.

Si Luchi siempre fue delgada, ahora parece plana de tan flaca que está, lo único que le da relieve son la remera y el jogging que hacen pliegues por todos lados. A Mariana le asusta su cara, los ojos metidos bien al fondo como si las ojeras se los hubieran tragado.

Mariana busca la llave de la mesa y corre hasta la entrada.



Durmió adentro de un cajero, o eso es lo que le dice. En su mochila tiene una muda de ropa y una manta. Le pregunta si lleva plata encima, le dice que sí pero no quiere decir de donde la sacó. Le pregunta que pasó, le responde que las cosas se pusieron “pesadas” anoche. Mariana pide detalles y Luchi se muerde el labio y se agarra con fuerza a los costados de la silla. Le pregunta si tiene hambre y le dice que comió algo en el camino.

—Tu mamá me llamó —se anima a decirle, pero tiene miedo de que esto la asuste más. A esta altura Mariana está improvisando, como siempre.

—¿Ella está bien? —pregunta Luchi con los ojos bien abiertos.

Mariana se empieza a dar una idea de lo que pasó en su casa

—Está preocupada por vos. Mirá te podés quedar acá, pero en algún momento voy a tener que llamarla para decirle donde estás, Lu. Fue muy peligroso lo que hiciste, alguien te podría haber hecho algo...

No le encuentra el sentido a seguir tirándole más culpas sobre su cabeza así que junta sus cosas de la mesa.

—No te puedo dejar sola, dejá que llame a un amigo para que te cuide mientras no estoy. Ya lo conoces, así que tranquila...tranquila.



Genaro entra por la puerta de costado, con el brazo todavía vendado y los moretones amarillentos en la cara. No hace preguntas, solo la escucha mientras ella se viste con un abrigo liviano y le dice que no pudo cambiar su turno en el bar luego de tantos días de reposo.

—No te preocupes. No me voy más de un par de horas, tenía dos clases y no llegué a conseguir suplente para la primera. Pero vuelvo antes de eso. Gracias, Gena. Me salvaste.

Mariana cierra la puerta con un portazo apurado. Genaro y Luchi se miran.

III

Genaro vio a Luchi un par de veces cuando Mariana estaba de paso en casa de sus papás y cuando la ayudó a mudarse a ese departamento. Esa vez

le preguntó a Luchi si podía con el microondas que era bastante pesado. Tiene miedo de hablar y decirle “pibe” o “flaco”, de que Luchi se asuste o se angustie más todavía. Todo lo que sabe, es lo poco que Mariana le explicó y ella estaba igual de perdida que él.

Pero Luchi empieza a preguntarle por sus moretones y por el brazo que lleva vendado. Le es más fácil empezar a hablar de él, de lo que pasó y Luchi va enganchándose de a poco con la historia, hasta que finalmente le pregunta:

—Pero, ¿por qué les pegaron?

—Porque pensaron que éramos putos.

Luchi asiente con la cabeza muy despacio. Después de esta charla, se abre lo suficiente para dejar que Genaro le prepare unas tostadas con café y para jugar una partida de UNO con las cartas que Mariana guarda en el librero al lado de la ventana.

IV

Mariana entra al edificio acalorada y enojada con la directora del instituto, que la tuvo sentada veinte minutos sacándole explicaciones sobre por qué le hacía falta irse de forma tan urgente. Las frases amplias como “problemas personales” o “un pariente enfermo” hubieran funcionado otro día, pero hoy la directora estaba de un humor insufrible como la humedad en el aire.

A mitad del pasillo escucha los gritos en su departamento.

—Pero qué criatura del mal que sos vos —está diciendo Genaro justo cuando abre la puerta.

Lo primero que nota es que Luchi tiene el pelo mojado y una toalla colgando detrás de su silla. Lo segundo son las cartas y un puñado de granos de maíz por toda la mesa y el piso. En otro momento, la situación le hubiera dado algo de ternura.

A Genaro le dice que lo espere un minuto en el pasillo que ya sale a abrirle. Ella ocupa su lugar con las manos en la mesa y lo mira a Luchi de frente sin evitar su mirada. Siempre intentó ser lo menos condescendiente posible desde que se reencontraron en el barrio.

—Le dije a tu mamá que estás acá conmigo, y va a pasar a buscarte a la noche.

A Luchi se le corta la respiración por un momento, pero no hace algún gesto que advierta otra huida inminente. Este es el momento en el que Mariana debería preguntarle con detalles por qué se escapó de su casa y por qué fue a pedirle ayuda a ella, pero todas las respuestas que imaginó volviendo del instituto se le juntan en el pecho y solamente atina a levantarse y darle un abrazo. Por poco le dice que es “muy fuerte” pero se muerde la lengua.

Se arrepiente de no haberle dicho algo cuando Lidia entra al edificio marchando como sargenta del ejército. No se molesta en sentarse. Le dice a Luchi que junte sus cosas ahí en la puerta, con las manos agarrando su cartera, como si tuviera cientos de cosas mejores que hacer.

Luchi está juntando su mochila del suelo cuando Mariana tira del brazo de Lidia hasta el pasillo oscurecido en la tarde.

—¿Cómo vas a hablarle así? ¿No ves que ya se siente mal? ¿Qué te pasa?
—le pregunta cerca de las puertas de vidrio en la entrada, al borde de los gritos.

—Vos no te metas, Mariana. Él es mi hijo. Nos sos su madre, y no sos su niñera, no sé a qué estás jugando, me tendrías que haber avisado hace horas que estaba con vos.

—Lidia, no quiero ser su mamá y tampoco su niñera. Pero vos también, date cuenta. ¿No entendés que está sufriendo? Se va a volver a escapar, o vos le vas a meter una patada y no va volver. ¿Eso querés? ¿Qué terminé en la calle? ¿Sabes lo que les pasa a personas como Luchi en la calle? Obvio que sabés.

Las dos se enfrentan con la mirada. Mariana está pasando posibles desenlaces en su cabeza: en uno de los escenarios, Luchi se va con dieciocho años y no se sabe más de ella; en otro, vuelve a su casa y se escapa a las dos semanas. El resultado no varía.

La cara de Lidia pierde algo de filo y traga saliva antes de hablar.

—¿Sabes lo que pasó anoche? ¿Te dijo?

—Nada.

—Le revisamos la pieza y le encontramos ropa, una remerita blanca con brillos, pulseras y maquillaje.

La cara de Mariana está a punto de deformarse, pero se contiene y la sigue escuchando:

—Su papa se volvió loco. La única vez que lo vi así fue cuando estaba sin trabajo hace muchos años. Él es súper metódico, nada de gritar y esas cosas. Y los quiere a sus hijos, en serio, los dos los queremos. Pero vos no sabés, es tan difícil, esto no es lo que yo pensaba.

—Bueno, manéjate. Ahí tenés a una chica, acostumbráte a eso, que necesita a su mamá. No a su niñera de hace diez años. Acá la pregunta no es si vos la amás o no, la pregunta es si vas a ayudarla llevándola de vuelta para esa casa.

Se quedan en silencio, las dos recostadas contra el revestimiento de madera del pasillo. Hace varios minutos que Lidia dejó de agarrar su cartera con fuerza.

V

—Por acá no vamos a casa —dice Luchi fingiendo que no escuchó toda la conversación en el pasillo pegada a la puerta.

—Vamos para otro lado, amor —le responde su mamá. Tiene la voz seca y cansada, pero hace el esfuerzo de sonreírle.

CASA

I

—¿Entonces Luchi está bien? —Genaro pregunta cebándole un mate.

Es un domingo soleado y pensaban ir a alguna plaza, pero comenzaron a charlar y cuando se dieron cuenta estaban sacando las reposeras al balcón, y al poco tiempo ya estaban con las piernas estiradas sobre la baranda de metal.

—Lo que se dice bien, no. Pero la veo mejor, más tranquila, más suelta. Capaz el próximo finde vaya a verla de vuelta.

—Entonces, ¿cómo se llama ahora?

—Por ahora Lu o Luchi... Igual que siempre. Ella nos ira diciendo que es lo que quiere.

Van cambiando de temas, primero ella pregunta donde está Mateo y Genaro le dice que está haciendo de guía turística a sus papás en Buenos Aires. Al rato empiezan a hablar de la inminente mudanza de Mariana y el poco tiempo que le queda a Genaro en ese departamento.

Hace un par de días ella se enteró, vía Mateo, que sus padres iban a “seguir ayudándolo, pero no tanto como antes”. La ambigüedad de la frase le pareció tan buena como cualquier otra forma de decir “te soltamos la mano”, pero Genaro parece no estar molesto, ni siquiera preocupado.

—Ya iré viendo lo que hago —dice con la bombilla en la boca.

Mariana se cruza de piernas y se acomoda para estar de frente a Genaro.

—Te tengo una idea, pensála. Yo te puedo esperar hasta octubre y mientras buscamos departamento para los dos. No va a ser lindo, pero seguro podemos arreglarlo entre los dos.

—Vos está loca, negra. ¿De dónde sacaste esa idea?

—No sé, por ahí porque quiero ahorrar y de paso vivir en un lugar un poco más grande.

—¿Un poco?

—Calláte. Pero hablando en serio; este año vos y Mica me ayudaron un montón, y capaz ahora nos toca ayudarnos entre nosotros dos, ¿no te parece? Nos damos una mano, vos me ayudas a no ponerme en pedo de nuevo y pasar vergüenza, yo te ayudo a que no te caguen a trompadas en la calle. Además, con Mica no podría vivir, ni loca. Tiene más mañas que vos.

—¿Me vas a tratar así cuando vivamos juntos?

—Claramente.

Genaro se toma la idea como un chiste hasta que terminan el mate y entran a mirar páginas y listados de inmobiliarias.



“Las cosas cambian”. Vengo con esa frase desde que Genaro me la dijo. Justamente él, la única persona peor que yo para ver qué hacer cuando todo termina patas para arriba.

Pero la cosa es que por mucho tiempo sentí que todo seguía igual, hasta cuando dejé la casa con los portones negros y el patio al fondo, todo era más de lo mismo.

Ahora por lo menos me parece inevitable que las cosas cambian. Una certeza después de un año de andar saltando.

II

Mariana se equivoca y baja del colectivo dos paradas antes y tiene que caminar bajo el sol de la primera semana calurosa de octubre, con el cabello atado y las mangas de su camisa arremangadas. Cuando llega al portón aplaude un par de veces y espera con las manos en los bolsillos del pantalón de fibrana que compró hace una semana.

Lidia abre la puerta y la saluda con una mano mientras con la otra se tapa del sol. La hace pasar por el portón, le da un beso en la cara y le pregunta si tiene sed. Mariana le dice que, con esta temperatura, prefiere meterse dos cubos de hielo por debajo de la camisa y las dos se ríen.

—¿Cómo está? —pregunta antes de pasar al patio de la casa en Los Hornos.

—Mucho mejor, pero tenemos nuestros días. Las dos estamos cambiando todo: de domicilio, de vida, de todo. A Luchi le cuesta todavía ir a la escuela, ya estoy viendo de cambiarla el año que viene.

—Antes que me vaya te tengo que pasar un par de números que me dio una amiga, de psicólogas que pueden atenderla, pero bien.

—Dale, me los das después. Todavía no sé qué tanto hablarle del tema, hay tanto para charlar.

En el patio, Amelia está esforzándose por hacer dos trenzas del cabello de Luchi, sentada en uno de los sillones de tanzas bajo la media sombra del patio. Las dos se sonríen cuando se ven y Mariana acepta un vaso de limonada que Lidia le trae de la cocina.



El departamento nuevo es otra cosa. Me sentí tan fuera de lugar este año que es bueno encontrar un lugar que te diga "acá estás vos".

III

Mariana insiste en que no hace falta que la acompañe hasta la parada y se despide de ella en el portón de la abuela Amelia. Las tres se juntan frente al televisor con las ventanas de la sala abierta para que el viento corra.

En otro momento hubiera preferido el silencio, pero ahora ella quiere sacar temas de conversación para evitarlo. Si no están hablando, la abuela le sonrío como asegurándole que todo está bien y su mamá intenta hacer lo mismo, pero su sonrisa sigue siendo tan forzada como la vez en el auto cuando venían a Los Hornos. “Le pongo un diez por el esfuerzo”, suele pensar Luchi para hacerse reír un poco.

La contrapartida de hablar tanto es que ellas notan que está esforzándose por agotar todos los temas de conversación y le preguntan, de una forma u otra: si está bien, si le preocupa algo si hay algo que haya pasado en la escuela. Preguntas que ella quiere responder más pronto que tarde, pero todavía se las está preguntando cuando está sola en su pieza o bajo la media sombra del patio.

—Parece que me están tratando de enferma con tanta pregunta —dice algo ansiosa, sin querer sonar enojada.

Su abuela y su mamá se miran entre ellas. Su mamá está a punto de hablar, pero la abuela Amelia la interrumpe en tono solemne:

—Enfermos serán los leprosos. Vos no estás enferma, ¿me escuchaste?

Y aunque Luchi no está segura de hablar de los leprosos de esa forma, se queda con esa sensación de estar acompañada.



Camila me dijo que mamá está distinta, que está mucho más colaborativa. “No es igual que con vos, capaz después de eso que pasó con vos ahora entiende más”. Al menos sir-

vió de algo gastar las cuerdas vocales a los gritos.

IV

Las cajas que Mateo trajo de la calle están desarmadas a un costado del living, ahí donde antes estaba la mesa del velador. Los muebles de la sala están amontonados en la pieza. En la cocina van acomodando las cajas que ya están llenas y una lona transparente cubre el piso de madera.

—No te veo en esa casa, la verdad. No es tu estilo.

—Mira quién habla. Este departamento es chetísimo y vos viviendo acá todo hippie y manchando todo con pintura y esa pistola de pegamento.

—Ya te dije, fue idea de mis viejos y les seguí la corriente.

Terminan de pintar el living a las dos de la mañana y Genaro duerme en el sillón de Mateo porque su departamento huele a pintura y aguarrás, aun con las ventanas abiertas.



A Genaro lo veo más tranquilo y lo veo contento. Por lo menos se está dando la oportunidad de respirar un poco. Capaz quería probarle algo a alguien, igual que yo. Pero cambió de casete. "Estoy en otra", dice más de seguido.

V

El departamento tiene una puerta de metal y vidrio que da a la calle con

baldosas partidas, cerca de la terminal de ómnibus. El portero no funciona, los vidrios están rotos y el buzón está lleno de panfletos y descuentos para dos docenas de empanadas. La puerta lleva a una escalera de cemento y ladrillos que termina en un living amplio con cuatro puertas a los costados, un comedor del otro lado de un arco, y al fondo una terraza con canteros de cemento y tierra mojada.

Con los techos altos y los pisos de cerámica, es una casa que nunca termina de calentarse en verano y en la que siempre hace algo de frío en invierno. Mariana revisa las piezas, las dos que dan a un balcón compartido al frente, y la tercera, al lado del baño, más pequeña y con una ventana a la terraza. Los techos tienen humedad, el baño es de un espantoso color marrón y las conexiones de luz están hechas por afuera porque hace unos meses una tormenta de granizo rompió las conexiones originales. Así y todo, el lugar tenía potencial en fotos y aun ahora que lo está recorriendo con Genaro al lado suyo.

—¿Qué te parece? —le pregunta entrando al comedor por la puerta de la cocina—. El dueño dice que me puede arreglar las conexiones antes de que conecten la luz y el precio es tremendo por tres habitaciones.

—¿Para qué necesitamos tres habitaciones? Acá nomás podés poner todos tus muebles y te va sobrar espacio —Genaro exagera un gesto con los brazos. Desde que le quitaron las vendas, gesticula un poco de más como si estuviera volviendo a entrenar sus músculos.

—Y lo ideal sería que una pieza la ocupes vos —le responde Mariana como si fuera lo más obvio del mundo.

—Te voy a tirar por la terraza. ¿Y con la otra que hacemos?

—Una oficina, una pieza para que se quede alguien a dormir. Lo peor que nos puede pasar es llenarla de porquerías.

Genaro se sonríe.

—¿Vos sabes que cuando nos mudemos todo el mundo va a pensar que estamos juntos?

—Te comento que medio mundo ya piensa eso, así que al menos ahora tienen algo de fundamentos.

—Dios, Mariana. Nunca más le voy poder ver la cara a tu vieja.

Camino a la inmobiliaria empiezan a discutir sobre qué podrían hacer con los canteros en la terraza y sobre como los arboles están a punto de florecer las calles. Al poco tiempo *el departamento*, como le vienen diciendo, se vuelve *la casa*.



Antes quería la casa, los hijos, las vacaciones en la costa, la tostadora y la licuadora. Ahora no estoy segura, capaz no quise nada de eso para empezar.

Capaz quiero la mitad de esas cosas ahora y la otra mitad en otro momento.

Pero capaz junto algo de plata y viajo al otro lado del Atlántico, capaz los arrastro a Genaro y a Mateo para compartir gastos. Todo, lo que sea. Quiero creer que todavía estoy a tiempo.

No hace mucho le dije a Luchi que nos gusta complicar las cosas que deberían ser sencillas.

Capaz es cuestión de que el tiempo las acomode, o hacer el esfuerzo de romper con todo y acomodarlo por nuestra cuenta.

La Mudanza.....	6
Despido.....	12
Espontáneo.....	23
Separación.....	29
Añonuevo.....	37
Luchi.....	42
Pregunta.....	49
Egoísta.....	59
Orgullo.....	65
Cumpleaños.....	77
Morena.....	79
Quincho.....	91
Apart Hotel.....	100
Parada.....	105
Niñera.....	113
Casas.....	122



“Las cosas cambian”, dice Mariana en un momento de esta historia. Puede estar hablando de ella, que alguna vez pensó en ser mamá; o en su amigo Genaro, que se está dando cuenta que ser hombre es más difícil de lo que parecía; o de Luchi, que a los 15 años está convencida de que nunca va a tener todo lo que quiere. Los tres ahora están en busca de un lugar que puedan llamar “casa” sin sentir que la mirada los aprieta.



**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

